LA VIBRACIÓN
DEL
PENSAMIENTO

William Walker Atkinson

2016

Las Ondas Vibratorias Del Pensamiento 1920
Thought Vibration or the Law of Attraction in the Thought World 1906

williamwalkeratkinson.es@gmail.com
#Youtube WILLIAM WALKER ATKINSON EN ESPAÑOL

TABLA DE CONTENIDO

MI CREDO DE TRABAJO

Creo que la mente del hombre contiene la mayor de todas las fuerzas, que el pensamiento es una de las mayores manifestaciones de energía.
..Yo creo que el hombre que entiende el uso de la Fuerza del Pensamiento puedehacer de sí mismo prácticamente lo que quiera.
Yo creo que no sólo es un cuerpo sometido al control de la mente, sino que, también, puede cambiar el medio ambiente, "suerte" o circunstancias, por medio del pensamiento positivo que toma el lugar del negativo.
Sé que la actitud del "Puedo y lo haré" lo llevara a uno hacia adelante del éxito que parece milagroso para el hombre en el plano del "no puedo".
Creo que "los pensamientos son cosas", y que la Ley de Atracción en el mundo del pensamiento atraerá lo que uno desea o teme.
Yo creo en el evangelio del trabajo en "Fuerza de Accion ."
Creo en el Yo hago, al igual que el Yo Soy.
Yo sé que el hombre que obtenga la ventaja del poder de la mente, y que manifieste ese poder en acción, avanzará hacia el éxito con la misma seguridad y constancia que la flecha lanzada del arco de un arquero experto.
Creo en la Hermandad del Hombre.
Creo en ser amable.
Creo en todo el mundo pensando en sus cosas y permitiendo a todos los demás el mismo privilegio.
Creo que no tenemos derecho a condenar- "el que esté sin pecado que tire la primera piedra ".
Yo creo que el que odia es un asesino; que el que ambiciona es un ladrón; que el que desea es un adúltero, que la esencia del crimen está en su deseo. Al ver esto, mirar en nuestro propio corazones-¿cómo podemos condenar?.
Yo creo que el mal no es más que ignorancia.
Creo que "conocer todo es perdonarlo todo."
Creo que hay "Bien" en todos los hombres; vamos ayudarlo a manifestarlo.
Creo en la igualdad absoluta de el Hombre y la Mujer, a veces creo que las probabilidades son ligeramente a favorde la Mujer.
Creo en la santidad del sexo, pero también creo que el sexo se manifiesta en los planos espiritual y mental, así como en el Físico. Y creo que a los puros todo es puro.
Creo que el hombre es inmortal, que el Ser Real es Espíritu;nque utiliza la

mente y el cuerpo como sus herramientas, y se manifiestade acuerdo a la aptitud de las herramientas.

Yo creo que el Hombre está creciendo rápidamente en un nuevo plano deconciencia, en el que se conocera a sí mismo tal como es el, Y reconocera el Yo Soy, El Algo de Adentro.

Creo que hay un poder infinito dentro, y en todas las cosas.

Creo que, aunque hoy la conocemos, pero de forma leve la idea de ese poder, todavía estamos constantemente tratando de comprenderlamás completamente, buscando más contacto estrecho con ella. Incluso ahora que tenemos momentáneos destellos de existencia, una momentáneaconciencia de unidad con el Absoluto.

Creo que la mayor felicidad consiste en el mantenimientonhacia el Absoluto, la actitud del niño de confianza, que no seiente la menor duda del amor de sus padres, sin dudar de su sabiduría, coloca su pequeña mano en la de los padres,y les dice;"Guiadme Adelante.".

Yo creo que el, que siente inclinado hacia el Absoluto,como la misma confianza del bebe que coloca su pequeña cabeza cansada cerca al pecho de la madre, también será consciente de la tierna respuesta a la accion, como se pinta al bebe cerca del corazón de la madre.

WILLIAM WALKER ATKINSON.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

El Universo está gobernado por una ley, una ley muy importante. Sus manifestaciones son multiformes, pero consideradas desde un punto de vista fundamental, es claro que no existe más que una ley. Conocemos algunas de sus manifestaciones, pero lo ignoramos todo acerca de otras. No obstante, cada día aprendemos un poco más acerca de ellas, el velo se va descorriendo gradualmente.

Hablamos intelectualmente de la Ley de la Gravita-ción, pero desconocemos que también ésta es una mara-villosa manifestación de LA L EY DE LA ATRACCIÓN. Esta-mos familiarizados con esa maravillosa manifestación de la ley que atrae y mantiene unidos los átomos de los que se compone la materia; reconocemos el poder de la ley que atrae los cuerpos a la tierra, que mantiene los plane-tas en su sitio, pero cerramos los ojos a la potente ley que atrae hacia nosotros aquello que deseamos o tememos, aquello que crea o que arruina nuestras vidas.

Cuando nos percatamos de que el Pensamiento es una fuerza una manifestación de energía que cuenta con el poder magnético de atracción, empezamos a com-prender el porqué de muchas cosas que hasta entonces desconocíamos. No hay estudio que compense más al estudiante por el tiempo invertido que el estudio del fun-cionamiento de esta poderosa Ley del Mundo del Pensamiento: la Ley de la Atracción.

Cuando pensamos transmitimos unas vibraciones de una sustancia fina y etérea que son tan reales como las vibraciones que manifiestan luz, calor, electricidad y mag-netismo. Que esas vibraciones no resulten evidentes para nuestros cinco sentidos no significa que no existan. Un potente imán enviará vibraciones y ejercerá una fuerza suficiente para atraer hacia sí mismo un pedazo de acero que pese cien kilos, pero no podemos ver, gustar, oler, escuchar ni sentir esa fuerza. De igual manera, las vibraciones del pensamiento tampoco pueden verse, gustarse, olerse, escucharse ni sentirse de manera ordinaria. Aunque bien es cierto que existen casos documentados de personas especialmente sensibles a las impresiones psí-quicas, que han percibido potentes ondas de pensamien-to, y muchos de nosotros podemos testimoniar que hemos sentido con claridad las vibraciones del pensa-miento de otras personas, tanto en presencia del emisor como a distancia. La telepatía y sus fenómenos asociados no son ninguna tontería.

La luz y el calor se manifiestan a través de vibracio-nes de una intensidad mucho menor que las del pensa-miento, pero la diferencia estriba únicamente en la tasa vibratoria. Los anales de la ciencia aportan cierta luz sobre esta cuestión. Elisha Gray dice en su libro The Miracles of Nature:

Se especula mucho acerca de la existencia de ondas sono-ras que el oído humano no puede captar, y de ondas de luz de color que el ojo no puede percibir. El enorme, oscuro y mudo espacio existente entre 40.000 y 400.000.000.000.000 vibraciones por segundo, y la infinitud más allá de las

700.000.000.000.000 vibraciones por segundo, donde cesa la luz, en el universo del movimiento, permite aban-donarse a todo tipo de especulaciones.

M. M. Williams afirma, en su obra titulada Short Chapters in Science:

No existe gradación entre las ondulaciones o temblores más rápidos producidos por nuestra sensación del sonido, y las más lentas de ellas, que dan paso a nuestras sensa-ciones de la más delicada calidez. Existe una enorme lagu-na entre ellas, lo suficientemente grande como para incluir otro mundo de movimiento, ocupando un espacio entre nuestro mundo de sonido y nuestro mundo de calor y luz; y no existe ninguna razón lo suficientemente buena como para suponer que la materia sea incapaz de una actividad intermedia de ese tipo, para imaginar que dicha actividad no pudiera dar paso a sensaciones de otro tipo, siempre que existan órganos que recojan y sientan sus movimientos.

Cito a esas autoridades sólo para ofrecer ideas sobre las que reflexionar, y no con la intención de demostrar la existencia de las vibraciones del pensamiento. Este último hecho ha sido totalmente demostrado para satisfacción de numerosos investigadores de ese campo, y una peque-ña reflexión te demostrará que coincide con tus propias experiencias.

A menudo oímos la conocida declaración de la cien-cia mental acerca de que los «pensamientos son cosas», y pronunciamos esas palabras sin comprender consciente-mente qué significan en realidad. Si comprendiésemos por completo la verdad de esa afirmación y las conse-cuencias naturales de la verdad que la sostienen, podría-mos entender muchas cosas que hasta el momento nos resultan oscuras, y utilizar la maravillosa energía de la fuerza del pensamiento, igual que empleamos cualquier otra manifestación energética.

Como ya he dicho, cuando pensamos ponemos en marcha vibraciones de movimiento de un nivel muy ele-vado, igual de reales que las vibraciones de luz, calor, sonido y electricidad. Y cuando comprendamos las leyes que gobiernan la producción y transmisión de estas vibra-ciones, podremos utilizarlas en nuestra vida cotidiana, igual que hacemos con otras formas de energía más cono-cidas. Que no podamos ver, escuchar, pesar o medir esas vibraciones no demuestra que no existan. Hay ondas de sonido que ningún oído humano puede escuchar, aunque algunas de ellas sin duda son registradas por el oído de algunos insectos, y otras son captadas por instrumentos muy sensibles inventados por el ser humano; no obstante,

existe una enorme brecha entre los sonidos registrados por los instrumentos más sensibles y el límite que la men-te humana, razonando por analogía, considera como la línea de separación entre las ondas sonoras y otras formas de vibraciones. Existen ondas lumínicas que el ojo del ser humano no registra, algunas de las cuales pueden ser recogidas por los instrumentos más sensibles, y otras mucho más sutiles que todavía no pueden detectarse por falta de los instrumentos adecuados, aunque cada año se realizan avances y el terreno inexplorado va disminuyen-do de manera gradual.

La invención de nuevos instrumentos hace que apa-rezcan vibraciones hasta el momento desconocidas; no obstante, esas vibraciones eran tan reales antes de la invención del instrumento como después. Suponga-mos que carecemos de instrumentos para registrar el mag-netismo: uno podría sentirse justificado para negar la existencia de esa potente energía, ya que no podría pro-barse, sentirse,

olerse, escucharse, verse, pesarse o medir-se. Sin embargo, el imán sigue enviando ondas de una fuerza suficiente como para atraer hacia sí pedazos de metal que pesan cientos de kilos.

Cada forma de vibración requiere su propio tipo de instrumento que la registre. Actualmente, el cerebro humano parece ser el único instrumento capaz de regis-trar ondas de pensamiento, aunque los ocultistas creen que los científicos pronto inventarán aparatos lo sufi-cientemente sensibles como para recoger y registrar ese tipo de impresiones. Y por las informaciones de que dis-ponemos en el momento presente, da la impresión de que ese invento aparecerá en breve. Pero quienes han experi-mentado en el campo de la telepatía práctica no requieren más demostraciones que los resultados de sus propios experimentos.

Enviamos pensamientos de mayor o menor intensi-dad continuamente, cosechando sus resultados. Nuestras ondas de pensamiento no sólo nos influyen a nosotros y a los demás, sino que tienen un poder de atracción: atra-en hacia nosotros pensamientos ajenos, cosas, circuns-tancias, personas y «suerte», de acuerdo con el carácter del pensamiento dominante en nuestras mentes. Los de amor atraerán hacia nosotros el amor de los demás, las circunstancias y el entorno de acuerdo con el pensamien-to, así como personas de pensamiento parecido. Los de cólera, odio, envidia, malicia y celos atraerán hacia noso-tros el aliento fétido de pensamientos parecidos que ema-nen de las mentes de otras personas, circunstancias en las que nos veremos obligados a manifestar esos pensamien-tos viles y a recibirlos también de parte de otros, indivi-duos que manifestarán falta de armonía, y demás. Un pensamiento intenso o largamente mantenido nos con-vertirá en el centro de atracción de las ondas de pensa-miento correspondientes de otras personas. En el mundo del pensamiento, los análogos se atraen, y recogemos aquello que sembramos. En el mundo del pensamiento vuelan juntos los pájaros de plumaje parecido: las maldi-ciones vuelven a posarse en casa, como las aves, y lo hacen acompañadas de amigos que se les parecen.

El ser humano lleno de amor percibe amor por todas partes y atrae el amor de los demás. El ser humano que alberga odio en su corazón recibe todo el odio que puede soportar. El ser humano que piensa en luchar suele luchar contra todo lo que puede hasta que lo supera. Y así con todo el mundo: cada uno recibe lo que pide a través de la te-legrafía sin cables de la mente. Quien se despierta por la mañana sintiéndose de mal humor suele conseguir que toda la familia se ponga del mismo humor antes de acabar de desayunar. La mujer fastidiosa suele enfrentarse a lo largo del día con todo aquello que pueda alimentar su propensión fastidiosa.

Esta cuestión de la Atracción del Pensamiento es un asunto serio. Cuando se piensa bastante en ello, uno se da cuenta de que una persona crea sus propias circunstan-cias, aunque culpe de ello a otras. He conocido a gente que ha comprendido esta ley y que mantiene un pensa-miento tranquilo y positivo, y no se ve afectada de nin-guna manera por la falta de armonía que pudiera rodear-la. Estas personas son como el recipiente del que se vier-te aceite en aguas turbulentas: permanecen serenos y tranquilos mientras la tormenta brama a su alrededor. Cuando ha comprendido el funcionamiento de la Ley, uno no se halla a merced de las caprichosas tormentas del pensamiento.

Hemos pasado por la era de la fuerza física para ir a parar a la de la supremacía intelectual, y ahora estamos entrando en un campo casi desconocido: el de la energía psíquica. Este campo cuenta con sus

propias leyes y debe-mos familiarizarnos con ellas o bien éstas nos superarán, como les ocurre a quienes ignoran los planos de esfuerzo. Intentaré aclararte los importantes principios que subyacen a este nuevo campo de energía que se abre ante nosotros, para que puedas utilizar esta gran energía y aplicarla con propósitos legítimos y dignos, igual que el ser humano utiliza hoy en día el vapor, la electricidad y otras formas de energía.

CAPÍTULO II

LAS ONDAS DE PENSAMIENTO Y SU PROCESO DE REPRODUCCIÓN

El pensamiento produce ondas que se extienden sobre el gran océano del pensamiento, igual que cuando se tira una piedra al agua. Pero existe una diferencia: las ondas sobre el agua se mueven en todas direcciones pero en un único plano, mientras que las ondas de pensamien-to se mueven en todas las direcciones a partir de un cen-tro común, como hacen los rayos del sol.

De igual manera que aquí en la Tierra estamos rodea-dos por un gran mar de aire, también estamos rodeados por un gran mar de Mente. Nuestras ondas de pensa-miento se mueven a través de este vasto éter mental, ex-tendiéndose en todas direcciones, como ya he dicho, dis-minuyendo de intensidad dependiendo de la distancia recorrida, a causa de la fricción ocasionada por su entra-da en contacto con el gran cuerpo de Mente que nos rodea por todas partes.

Esas ondas de pensamiento disponen de otras cuali-dades distintas que las ondas sobre el agua. Cuentan con la capacidad de autorreproducirse. En este sentido se parecen más a las ondas sonoras que a las ondas sobre el agua. Al igual que una nota del violín hace que el cristal muy fino vibre y «cante», también un pensamiento inten-so tiende a despertar vibraciones similares en las mentes sintonizadas para recibirlo. Muchos de los «pensamientos erráticos» que nos llegan no son sino reflejos de vibracio-nes de respuesta a ciertos pensamientos intensos enviados por otra persona. Pero a menos que nuestras mentes estén sintonizadas para recibirlo, no es probable que el pensa-miento nos afecte. Si mantenemos pensamientos eleva-dos e importantes, nuestras mentes adquieren cierta tona-lidad que corresponde al carácter de los pensamientos que hemos estado teniendo. Y una vez que se establece esta tónica, estaremos en situación de captar las vibracio-nes de otras mentes moduladas respecto al mismo pensa-miento. Por otra parte, no tenemos más que habituarnos a mantener pensamientos de un carácter opuesto y no tardaremos en reflejar el tono de los pensamientos que emanan las mentes de los miles de personas que piensan cosas parecidas.

Somos en gran parte aquello que hemos pensado, y el equilibrio viene representado por el carácter de las sugerencias y pensamientos de otros, que nos han llegado bien de manera directa a través de sugestiones verbales o telepáticamente a través de esas ondas de pensamiento. Pero nuestra actitud mental general determina el carácter de las ondas de pensamiento recibidas de los demás así

como los pensamientos que emanan de nosotros mismos. Sólo recibimos aquellos pensamientos que están en armonía con la actitud mental general que mantenemos; los que no están en armonía nos afectan muy poco, ya que no despiertan ninguna respuesta en nosotros.

Quien cree firmemente en sí mismo, y mantiene una intensa y positiva actitud mental de confianza y

determi-nación, no es probable que se vea afectado por los pensa-mientos adversos y negativos de desánimo y fracaso que pudieran emanar de las mentes de otras personas en las que éstos predominan. Al mismo tiempo, esos pensa-mientos negativos, si alcanzan a alguien cuya actitud mental está sintonizada en una tonalidad baja, profundi-zarán su estado negativo y echarán leña al fuego que consume su energía, o, si prefieres otra analogía, servirán para apagar el fuego de su energía y actividad.

Atraemos los pensamientos ajenos del mismo orden. Quien piensa en el éxito sintonizará con las mentes de otros que piensen parecido, y éstos le ayudarán, y él a ellos. Quien permite que su mente more constantemente en pensamientos de fracaso se acerca a las mentes de otra gente «fracasada», y cada una de ellas tenderá a hundir más a las otras. Quien piensa que todo es malo está capa-citado para ver mucho mal, y entrará en contacto con otros que parecerán demostrar su teoría. Y quien busque lo bue-no en todo y en todo el mundo es probable que atraiga las cosas y las personas que correspondan a esa manera de pensar. Por lo general vemos aquello que buscamos.

Podrás desarrollar esta idea con más claridad si piensas en los aparatos de radio, que reciben vibraciones únicamente de la emisora que está sintonizada en la misma onda, mientras que otras señales pasan por el aire muy cerca sin afectar al aparato receptor. La misma ley puede aplicarse a las operaciones del pensamiento. Sólo recibimos aquello que corresponde a nuestra sintonía mental. Si nos senti-mos desanimados, podemos tener la seguridad de que hemos caído en una clave, en un tono negativo, y que no sólo nos veremos afectados por nuestros propios pensa-mientos, sino que también recibiremos otros igualmente depresivos de tipo parecido, que son emitidos de manera constante por las mentes de otros desafortunados que todavía no se enteraron de la existencia de la Ley de Atracción. Y si alguna vez nos elevamos a las alturas del entusiasmo y la energía, no tardaremos en sentir la llega-da de pensamientos animosos, atrevidos, energéticos y positivos enviados por los hombres y mujeres del mundo. Podemos reconocer esta circunstancia sin mucho esfuerzo cuando entramos en contacto personal con la gente y sen-timos sus vibraciones, depresivas o estimulantes, según sea el caso. Cuando no nos hallamos en su presencia tam-bién opera la misma ley, aunque con menos intensidad.

La mente cuenta con muchas tonalidades, desde la nota positiva más alta hasta la nota negativa más baja, con muchas otras notas intermedias, variando de tono dependiendo de su distancia respectiva del extremo posi-tivo o negativo.

Cuando tu mente opera en términos positivos te sientes fuerte, animado, luminoso, contento, feliz, confia-do y valiente, y puedes realizar tu trabajo bien, llevar a cabo tus intenciones y progresar hacia el éxito. Emites intensos pensamientos positivos, que afectan a otras per-sonas, consiguiendo que cooperen contigo o sigan tu lide-razgo, dependiendo de su propia tonalidad mental.

Cuando tocas en el extremo negativo del teclado mental, te sientes deprimido, débil, pasivo, aturdido, temeroso y cobarde. Te descubres incapaz de progresar o triunfar, tu efecto sobre los demás es prácticamente nulo. Te ves arrastrado por ellos, en lugar de liderarlos, y las personas más positivas te tratan como un trapo.

En algunos individuos parece predominar el elemen-to positivo, y en otros la tendencia negativa parece ser más evidente. Pero claro está, los grados de positividad y negatividad varían enormemente, y

B puede resultar negativo para A, mientras que C lo considera positivo. Cuando dos personas se conocen suele existir un conflic-to mental silente en el que sus mentes respectivas com-prueban su calidad de positividad y establecen su posi-ción relativa entre sí. Este proceso puede ser inconsciente en muchos casos; no obstante, es algo que sucede. El ajus-te suele ser automático, pero de vez en cuando la lucha es tan enconada los oponentes encajan tan bien que la cuestión se abre paso en la conciencia de ambas personas. A veces las dos partes son tan parecidas en su grado de positividad que no consiguen llegar a un acuerdo mental; no pueden hacer migas entre sí y se sienten mutuamente repelidas y separadas, o bien permanecen juntas entre disputas y discusiones constantes.

Somos positivos o negativos para todos aquellos con los que establecemos contacto. Podemos ser positivos para nuestros hijos, nuestros empleados y dependientes,

pero al mismo tiempo resultamos negativos para otros, respecto a los que ocupamos posiciones inferiores, o a los que hemos permitido imponerse a nosotros.

Claro está, puede ocurrir algo y de repente nos tor-namos más positivos que el hombre o la mujer para quien hasta el momento éramos negativos. Los casos de ese tipo son bastante frecuentes. Y cuando el conocimiento de esas leyes mentales se vaya generalizando, veremos más casos de personas que se hacen valer, utilizando su recién descubierta energía.

Pero recuerda que posees el poder de elevar el tono de tu mente hasta alcanzar una tonalidad positiva gracias a la fuerza de voluntad. Y, claro está, también es cierto que puedes dejarte caer en un tono bajo y negativo mer-ced a la dejadez o a una voluntad débil.

Hay más gente en el plano de pensamiento negativo que en el positivo, y por ello en nuestra atmósfera mental existen más vibraciones de pensamiento negativas. Pero por fortuna para nosotros, esto se ve equilibrado por el hecho de que un pensamiento positivo es infinitamente más potente que uno negativo, y si gracias a la fuerza de voluntad nos elevamos a un tono mental más elevado, podemos cerrarle el paso a los pensamientos deprimentes y aceptar las vibraciones que correspondan a nuestra nue-va actitud mental. Éste es uno de los secretos de las afir-maciones y autosugestiones utilizadas por las diversas escuelas de Ciencia Mental y otros enfoques del Nuevo Pensamiento. Las afirmaciones en sí mismas carecen de mérito, pero tienen un doble propósito:

. Tienden a establecer nuevas actitudes mentales en nosotros y son estupendas para el desarrollo del carácter, la ciencia de autotransformarnos.

2. Tienden a elevar el tono mental, de manera que podemos beneficiarnos de las ondas de pensa-miento positivo de otros en el mismo plano de pensamiento.

Tanto si creemos en ellas como si no, siempre esta-mos haciendo afirmaciones. Quien asegura poder hacer algo y lo afirma con ganas desarrolla en sí mismo las cualidades que facilitan la consecución de ello, y al mismo tiempo sitúa su mente en el tono adecuado para recibir las ondas de pensamiento que pudieran ayudarle a lograr-lo. Si, por otra parte, uno dice y siente que va a fracasar, no hará más que ahogar y sofocar los pensamientos pro-cedentes de su propia mentalidad subconsciente, que tie-ne por objeto ayudarle, sintonizándose a sí mismo con el pensamiento de fracaso del mundo, y te aseguro que es algo que ahora mismo abunda mucho.

No debemos dejarnos afectar por los pensamientos adversos y negativos de quienes nos rodean. Hay que ele-varse a las cámaras superiores de la morada mental y sin-tonizar un tono más elevado, por encima de las vibracio-nes de los planos de pensamiento inferiores. Entonces no sólo serás inmune a sus vibraciones negativas, sino que entrarás en contacto con el importante cuerpo de intenso pensamiento positivo procedente de aquellos que ocupan el mismo plano de desarrollo que tú. Mi objeto será diri-girte y formarte acerca del uso adecuado del pensamiento y la voluntad, para que puedas utilizarlos bien y ser capaz de tocar la nota positiva en cualquier momento que pudieras considerar necesario. No es que haya que tocar la nota más elevada en todas las ocasiones. Lo más con-veniente es mantenerse en un tono que resulte cómodo, sin mucho esfuerzo, y contar con los medios para poder elevar dicho tono cuando la ocasión así lo requiera. Mediante este conocimiento no estarás a merced de la vie-ja acción automática de la mente, sino que será ella la que se encuentre bajo tu control.

El desarrollo de la voluntad se parece mucho al desa-rrollo de un músculo: es cuestión de práctica y de mejora gradual. Al principio es normal que resulte cansado, pero con cada nuevo intento uno va cobrando fuerza hasta que esta nueva fuerza se torna real y permanente. Muchos de nosotros nos hemos tornado positivos al encontrarnos en situaciones extraordinarias o urgentes. Tenemos la cos-tumbre de sacar fuerzas de flaqueza cuando la ocasión así lo requiere. Pero mediante la práctica inteligente la volun-tad se reforzará de tal manera que tu estado habitual será equivalente a tu «sacar fuerzas de flaqueza» actual, y lue-go, cuando creas necesario aplicar el refuerzo, podrás alcanzar una posición que ahora ni siquiera puedes ima-ginar.

No creas que defiendo que te halles en un estado per-manente de alta tensión. De ninguna manera, además de que no es deseable, y no sólo porque canse, sino también porque a veces te parecerá necesario aflojar la tensión y tor-narte receptivo para así poder absorber impresiones. Es pre-ciso poder relajarse y asumir cierto grado de receptividad, sabiendo que se está siempre en situación de recuperarse y adoptar un estado más asertivo, según se desee. La per-sona siempre muy asertiva se pierde mucho disfrute y esparcimiento. Al ser asertivo te expresas; al ser receptivo aceptas impresiones. Al ser asertivo eres un maestro; al ser receptivo te tornas alumno. No sólo es bueno ser un buen maestro, sino que también es importante saber ser un buen oyente.

CAPÍTULO III

UNAS PALABRAS SOBRE LA MENTE

El ser humano sólo dispone de una mente, pero cuen-ta con muchas facultades mentales, y cada una de ellas es capaz de funcionar en dos direcciones distintas de esfuer-zo mental. No existen claras líneas de separación que dividan las diversas funciones de una facultad, pero se solapan entre sí como los colores del espectro.

Una fuerza activa de cualquier facultad de la mente es el resultado de un impulso directo transmitido en el momento del esfuerzo. Un esfuerzo pasivo de cualquier facultad de la mente es el resultado de un esfuerzo activo procedente de la misma mente, de un esfuerzo activo de otra mente siguiendo una sugestión, de las vibraciones de pensamiento de la mente de otra persona o de impulsos de pensamiento de un antepasado, transmitidos por las leyes de la herencia (incluyendo impulsos transmitidos de generación en generación desde los tiempos del impulso vibratorio original transmitido por la Causa Primera cuyos impulsos se despliegan y desarrollan cuando se alcanza el estado adecuado de desarrollo evolutivo).

El esfuerzo activo es un recién nacido fresco, recién llegado , mientras que el esfuerzo pasivo es de creación menos reciente, y de hecho suele ser resultado de los impulsos vibratorios transmitidos en eras pasadas. El esfuerzo activo se abre camino, apartando las ramas que le impiden el paso y las piedras que se alzan en su trayec-to. El esfuerzo pasivo discurre a través de los senderos tri-llados.

Un impulso de pensamiento, o impulso de movi-miento, causado en principio por un esfuerzo o facultad activo, puede tornarse, mediante repetición, o hábito, en algo estrictamente automático, tomando impulso a partir del ímpetu que desarrolla un esfuerzo activo repetido, que lo impulsa hacia delante, en términos pasivos, hasta que se ve detenido por otro esfuerzo activo o bien cambia de dirección por la misma causa.

Por otra parte, los impulsos de pensamiento, o im-pulsos de movimiento, que discurren en términos pasivos pueden ser finiquitados o corregidos por un esfuerzo acti-vo. La función activa crea, cambia o destruye. La función pasiva continúa la labor iniciada por la función activa y obedece órdenes y sugerencias.

La función activa produce la pauta de pensamiento, o pauta de movimiento, a la que imparte sus vibraciones, que a partir de entonces la impulsan en términos pasivos. La función activa también cuenta con el poder de emitir vibraciones que neutralizan el impulso de la pauta de pensamiento, o pauta de movimiento; también puede lanzar una nueva pauta de pensamiento, o pauta de movi-miento, con vibraciones más intensas, que supere y absor-ba el primer pensamiento, o movimiento, sustituyéndolo por otro nuevo.

Una vez que inician sus misiones, todos los impulsos de pensamiento, o impulsos de movimiento, continúan vibrando en términos pasivos hasta que son corregidos o periclitados por subsecuentes impulsos transmitidos por la función activa u otro poder controlador. La continui-dad del impulso original le proporciona ímpetu y fuerza, dificultando su corrección o finalización. Eso explica lo que se denomina «la fuerza del hábito o de la costum-bre». Creo que lo comprenderán mejor aquellos que se han esforzado para superar un hábito que adquirieron con facilidad. La Ley puede aplicarse tanto a los buenos como a los malos hábitos. La moraleja inherente resulta obvia.

A veces, varias de las facultades de la mente se com-binan para producir una única manifestación. Una tarea, para llevarse a cabo, puede requerir el ejercicio combina-do de diversas facultades, algunas de las cuales pudieran manifestarse en el esfuerzo activo y otras mediante el esfuerzo pasivo.

La aparición de nuevas circunstancias nuevos pro-blemas requiere el ejercicio del esfuerzo activo, mien-tras que un problema o tarea familiar puede manejarse con facilidad mediante el esfuerzo pasivo sin la ayuda de su hermano más dinámico.

En la Naturaleza existe una tendencia instintiva en los organismos vivos a realizar ciertas acciones, la tendencia de un cuerpo organizado de buscar lo que satisface sus anhelos. Esta tendencia a veces se denomina apetencia. En realidad se trata de un impulso mental pasivo, que tie-ne su origen en el ímpetu impartido por la Causa Primera, y transmitido a lo largo del desarrollo evolutivo, acumu-lando fuerza y energía según avanza. El impulso de la Causa Primera se ve reforzado por la potente atracción ascendente ejercida por EL ABSOLUTO.

Es muy fácil constatar esta tendencia en el reino vegetal, desde las exhibiciones menores en los tipos más inferiores hasta las mayores en los tipos más elevados. Es lo que suele llamarse la «fuerza vital» en las plantas. Sin embargo, es una manifestación de intelección rudimenta-ria, que funciona de acuerdo con el esfuerzo pasivo. En algunas de las formas más elevadas de vida vegetal apare-ce una ligera coloración de «acción vital» independiente: una débil indicación de elección de volición. Los autores de trabajos sobre la vida vegetal ya han escrito notables ejemplos sobre este fenómeno. Sin ninguna duda es una exhibición de una rudimentaria intelección activa.

En el reino animal inferior puede hallarse un grado muy elevado de esfuerzo mental pasivo. Y, variando en grado dependiendo de las diversas familias y especies, también resulta aparente una cantidad considerable de intelección activa. No hay duda de que el animal inferior posee razón sólo en menor grado que el ser humano, y, de hecho, la demostración de intelección volitiva exhibida por un animal inteligente suele ser tan elevada como la demostrada por tipos inferiores de seres humanos o por un niño pequeño.

Igual que un niño, antes de nacer, muestra en su cuerpo las etapas de la evolución física del ser humano, también manifiesta, antes y después de nacer y hasta la madurez , las etapas de la evolución mental del ser humano.

El ser humano, la forma de vida más elevada produ-cida hasta el momento, al menos en este planeta, demues-tra contar con la forma más elevada de intelección pasiva, y con un desarrollo mucho más alto de intelección activa que la que puede apreciarse en animales inferiores. Y no obstante, los grados de

ese poder varían ampliamente entre las diferentes razas humanas. Los distintos grados de intelección activa resultan evidentes entre los hombres de una misma raza; esos grados no dependen de ninguna manera de la cantidad de «cultura», posición social o ven-tajas educativas que posea el individuo: la cultura mental y el desarrollo mental son dos cosas muy diferentes.

No hay más que mirar a nuestro alrededor para hacerse consciente de las diferentes etapas del desarrollo de la intelección activa en el ser humano. El razonar de muchos seres humanos es poco más que intelección pasi-va, que demuestra escasas cualidades de pensamiento volitivo. Prefieren dejar que otros seres humanos piensen por ellos. La intelección activa los cansa y les resulta mucho más fácil el proceso mental pasivo, que es instin-tivo y automático. Sus mentes operan siguiendo las pau-tas de la menor resistencia. Son poco más que borregos humanos.

Entre los animales inferiores y los tipos inferiores de seres humanos la intelección activa se encuentra sobre todo confinada a las facultades más groseras, al plano más material; en ellos las facultades mentales más elevadas funcionan siguiendo las pautas instintivas y automáticas de la función pasiva.

Con el progreso de las formas de vida inferiores en la escala evolutiva, éstas desarrollaron nuevas facultades que se hallaban en ellas en estado latente. Dichas facultades siempre se manifestaron en forma de rudimentario fun-cionamiento pasivo, para a continuación desarrollar for-mas pasivas más elevadas, hasta que entraron en acción las funciones activas. El proceso evolutivo continúa, con una tendencia invariable hacia el desarrollo de una eleva-da intelección activa. Este progreso evolutivo está provo-cado por el impulso vibratorio impartido por la Causa Primera, ayudado por la atracción ascendente del AB-

SOLUTO.

La Ley de la Evolución sigue su desarrollo, y el ser humano empieza a desarrollar nuevas potencias de la mente que, claro está, primero se manifiestan en el cam-po del esfuerzo pasivo. Algunas personas han desarrolla-do esas nuevas facultades hasta un grado considerable, y es posible que no pase mucho tiempo antes de que el ser humano sea capaz de ejercitarlas siguiendo los principios de sus funciones activas. De hecho, este poder ya ha sido realizado por unos cuantos. Ése es el secreto de los ocultis-tas orientales y de algunos de sus hermanos occidentales.

La docilidad de la mente frente a la voluntad puede aumentar mediante una práctica adecuadamente dirigi-da. Eso que denominamos el «reforzamiento de la volun-tad» es en realidad formar a la mente para que reconozca y absorba el poder interior. La voluntad es lo bastante fuerte, no necesita ser reforzada, pero la mente debe for-marse para recibir y actuar según las sugerencias de la voluntad. La voluntad es la manifestación externa del YO SOY. El flujo de la voluntad discurre con toda su potencia por el cableado espiritual; pero debes aprender cómo levantar el trole para tocar dicho cableado antes de que el trolebús mental pueda ponerse en funcionamiento. Se trata de una idea distinta de la que generalmente se reci-be de escritores que hablan de la «fuerza de voluntad», pero es correcta, como podrás demostrarte a ti mismo si realizas los experimentos adecuados de la manera apro-piada.

La atracción del ABSOLUTO impulsa al ser humano hacia arriba, y la fuerza vibratoria del Impulso Primario todavía no se ha agotado. Ha llegado la hora del desarro-llo evolutivo en la que el ser humano puede ayudarse a sí mismo. El que comprende la Ley puede realizar maravi-llas gracias al desarrollo de las potencias de la mente, mientras que el que da la espalda a la verdad sufrirá a causa de su falta de conocimiento de la Ley.

Quien comprende las leyes de su ser mental desarro-lla sus potencias latentes y las utiliza con inteligencia. Quien no desprecia sus funciones mentales pasivas, sino que también las emplea, las carga con las tareas para las que están mejor adaptadas, y puede obtener resultados maravillosos de su trabajo, siempre que las haya domina-do y formado para lanzarse hacia el Ser Superior. Cuando fracasan a la hora de realizar su tarea de manera adecua-da, ese ser humano las regula y su conocimiento le impide interferir en ellas tontamente, evitando todo perjuicio. Desarrolla las facultades y potencias latentes en su inte-rior y aprende cómo manifestarlas según la intelección tanto activa como pasiva. Sabe que el ser humano autén-tico en su interior es el señor del que tanto las funciones activas como pasivas no son sino herramientas. Ha des-terrado de sí el miedo, y disfruta de libertad. Se ha encontrado a sí mismo. HA REALIZADO EL SECRETO DEL YO SOY.

CAPÍTULO IV

CONSTRUIR LA MENTE

El ser humano puede construir su mente y hacer de ella lo que desee. De hecho, no hacemos más que edificar la mente en todo momento de nuestra vida, tanto de for-ma consciente como inconsciente. La mayoría de noso-tros lo hacemos de manera inconsciente, pero quienes pueden ver un poco por debajo de la superficie de las cosas se hacen cargo de la cuestión y se convierten en cre-adores conscientes de su propia mentalidad. Dejan de estar sometidos a las sugestiones e influencias de otros, pues ahora son dueños de sí mismos. Afirman el «Yo», e imponen obediencia a las facultades mentales subordina-das. El «Yo» es el soberano de la mente, y lo que llamamos VOLUNTAD es el instrumento del «Yo». Por detrás de todo ello hay algo más, desde luego, y la Voluntad Universal es más elevada que la Voluntad del Individuo, aunque esta última mantiene un contacto mucho más estrecho de lo que generalmente se supone con la Voluntad Universal, y cuando se conquista el ser inferior, y se afirma el «Yo», se establece un contacto muy cercano con la Voluntad Universal, participando de su maravilloso poder. En el momento en que se afirma el «Yo», y uno se «encuentra a sí mismo», se establece una íntima conexión entre la Voluntad Individual y la Universal. Pero antes de que una persona pueda hacer uso de la enorme energía puesta a su disposición debe lograr dominar el ser inferior.

Piensa en lo absurdo del ser humano proclamando que manifiesta potencias, cuando en realidad es esclavo de las partes inferiores de su ser mental, que deben ser subordinadas. Piensa en un ser humano, esclavo de sus humores, pasiones, apetitos animales y facultades infe-riores, y que al mismo tiempo intenta proclamar los bene-ficios de la voluntad. No estoy predicando el ascetismo, que a mí me parece una confesión de debilidad. Estoy hablando de autodominio, de la reafirmación del «Yo» por encima de las partes subordinadas de uno mismo. Desde un punto de vista más elevado, este «Yo» es el único Ser real, y el resto es el «inser»; pero el espacio de que dispon-go no me permite tratar esta cuestión, y por ello utilizaré la palabra «ser» para hacer referencia al ser humano com-pleto. Antes de que un ser humano pueda reafirmar el «Yo» por completo, debe lograr un control absoluto de las partes subordinadas del ser. Todas las cosas son benefi-ciosas cuando aprendemos a dominarlas, pero no hay nada bueno cuando son ellas las que nos dominan. Mien-tras permitamos que las partes inferiores del ser nos den órdenes, seremos sus esclavos. Sólo cuando el «Yo» asciende a su trono y levanta el cetro queda el orden establecido y las cosas asumen la relación adecuada entre sí mismas.

No estoy diciendo que haya nada malo en quienes están dominados por sus seres inferiores: se encuentran en un nivel inferior de evolución y se elevarán a su debi-do tiempo. Lo que hago es llamar la atención de aquellos que ya están listos sobre el hecho de que el Soberano debe reafirmar su voluntad, y que los súbditos han de obedecer. Hay órdenes que dar y ejecutar. La rebelión debe ser aplastada y la autoridad competente reinstaura-da. Y el momento de hacerlo es ahora.

Habéis consentido que vuestros súbditos rebeldes mantengan al rey apartado de su trono. Habéis estado permitiendo que el reino mental sufra el desgobierno de facultades irresponsables. Habéis sido esclavos del apeti-to, de pensamientos indignos, pasiones y negatividad. La voluntad se ha dejado de lado y el deseo inferior ha usur-pado el trono. Es hora de restablecer el orden en el reino mental. Sois capaces de reafirmar vuestro control sobre cualquier emoción, apetito, pasión o pensamiento gracias a la reafirmación de la voluntad. Podéis ordenar al miedo que retroceda, a los celos que abandonen vuestra presen-cia, al odio que desaparezca de vuestra vista, a la cólera que se oculte, a la preocupación que cese de molestaros. Podéis conseguir que el apetito descontrolado y la pasión se sometan y pasen a ser humildes esclavos en lugar de señores, y todo ello gracias a la reafirmación del «Yo». De la misma manera, ahora podéis rodearos de la gloriosa compañía del coraje, el amor y el autocontrol. Podéis aplastar la rebelión e instaurar la paz y el orden en vuestro reino mental siempre que expreséis el mandato e insistáis en su ejecución. Antes de pasar a ser imperio tenéis que establecer las condiciones internas adecuadas: debéis demostrar vuestra capacidad para gobernar vuestro pro-pio reino. La primera batalla es la conquista del ser infe-rior por el Verdadero Ser.

Afirmación:

Reafirmo el control de mi Verdadero Ser.

Repite estas palabras ardiente y positivamente durante el día y al menos una vez cada hora, y sobre todo cuando te enfrentes a condiciones que te tienten para que actúes siguiendo los dictados del ser inferior en lugar de las indicaciones transmitidas por el Verdadero Ser. En momentos de duda e indecisión, pronuncia estas palabras con ardor, y se te despejará el camino por delante. Repítelas en varias ocasiones una vez que te acuestes, antes de dormir. Pero asegúrate de respaldarlas con el pensamiento que las inspira, y no sólo repetirlas como un loro. A partir de la imagen mental del Verdadero Ser rea-firmando su control sobre los planos inferiores de tu pro-pia mente, has de contemplar al Rey en su Trono. Te harás consciente de un influjo de nuevos pensamientos, y las cosas que antes te parecían difíciles ahora pasarán a ser mucho más fáciles. Sentirás que tienes el control en tus manos, y que ERES el señor y no el esclavo. El pensa-miento que mantienes se manifestará en la acción y cre-cerás hasta convertirte en eso que tienes en mente.

Ejercicio:

Concentra la mente firmemente en el Ser superior e inspírate en él cuando sientas que vas a ceder a las insti-gaciones de la parte inferior de tu naturaleza. Cuando te sientas tentado a estallar de cólera, reafirma el «Yo» y el tono de tu voz disminuirá. La cólera es indigna del Ser desarrollado. Cuando te sientas vejado y contrariado, recuerda lo que eres y elévate por encima de la sensación. Cuando sientas miedo, recuerda que el Verdadero Ser no teme nada, y reafirma el coraje. Cuando sientas la incita-ción de los celos, piensa en tu naturaleza superior y ríete. Y así. Debes reafirmar el Verdadero Ser y no permitir que te perturben los elementos procedentes del plano inferior de la mentalidad. Son indignos

de ti, y hay que mostrar-les cuál es su sitio. No permitas que esas cosas te domi-nen; deben ser tus súbditos, no tus señores. Debes apar-tarte de ese plano, y la única manera de hacerlo es alejar-te de esas fases de pensamiento, que no hacen más que «encajar las cosas» para que se ajusten a sus deseos. Tal vez al principio te resulte difícil, pero insiste y obtendrás esa satisfacción que sólo llega cuando se conquistan las partes inferiores de nuestra naturaleza. Ya has sido escla-vo durante bastante tiempo: ahora es el momento de libe-rarte. Si realizas estos ejercicios fielmente, al final del año serás un ser diferente, y mirarás hacia atrás dedicando una sonrisa compasiva a tu antiguo estado. Pero para ello es necesario cierto esfuerzo. No es tarea para niños, sino para hombres y mujeres entusiastas. ¿HARÁS el esfuerzo?

CAPÍTULO V

EL SECRETO DE LA VOLUNTAD

Aunque los psicólogos puedan discrepar en sus teorías respecto a la naturaleza de la voluntad, ninguno niega su existencia ni pone en cuestión su poder. Todas las personas reconocen el poder de una fuerte voluntad: todas saben que puede utilizarse para superar los mayores obstáculos. Pero son pocas las que se dan cuenta de que la voluntad es algo que puede desarrollarse y reforzarse mediante una práctica inteligente. Creen que pueden lograr maravillas con una voluntad fuerte, pero en lugar de intentar desarrollarla, se contentan con vanos lamen-tos. Suspiran sin hacer nada más.

Quienes han investigado el tema en profundidad saben que la fuerza de voluntad, con todas sus posibili-dades latentes y grandes potencias, puede desarrollarse, disciplinarse, controlarse y dirigirse, igual que cualquier otra de las fuerzas de la Naturaleza. No importa qué teoría quieras adoptar acerca de la naturaleza de la voluntad,

porque acabarás obteniendo resultados siempre que prac-tiques de manera inteligente.

Personalmente, yo sostengo una teoría un tanto extraña acerca de la voluntad. Creo que todo ser humano tiene, potencialmente, una fuerte voluntad, y que todo lo que ha de hacer es formar su mente para poder utilizarla. Estoy convencido de que en las regiones más elevadas de la mente de todos los seres humanos existe un gran repo-sitorio de fuerza de voluntad esperando ser utilizado. La corriente de la voluntad discurre por un cableado psíqui-co, y todo lo que hay que hacer es levantar el trole men-tal para hacer que la energía descienda y utilizarla. Y el suministro es ilimitado, pues tu pequeña batería está conectada con la gran central de la fuerza de voluntad universal, cuya energía es inagotable. Tu voluntad no necesita formación, pero tu mente sí. La mente es el ins-trumento, y el suministro de fuerza de voluntad es pro-porcional a la excelencia del instrumento a través del que se manifiesta. No es necesario que aceptes esta teoría si no te gusta. Esta lección encajará tanto en tu propia teoría como en la mía.

Quien desarrolle su mente de manera que permita que la fuerza de voluntad se transmita a través de ella habrá abierto posibilidades maravillosas ante sí. No sólo habrá hallado un gran poder a su alcance, sino que podrá utilizar facultades, talentos y habilidades cuya existencia ni siquiera imaginaba. Este secreto de la voluntad es la lla-ve mágica que abre todas las puertas.

Donald G. Mitchell escribió en una ocasión:

La resolución es lo que manifiesta a un hombre; pero no una resolución débil, sino una determinación descarada; nada de propósitos erráticos, sino esa fuerte e infatigable voluntad que sortea dificultades y peligros, igual que un chico avanzando por las tierras heladas del invierno, que ilumina su mirada y cerebro con un orgulloso palpitar, lanzándose hacia lo inalcanzable. La voluntad convierte

a los hombres en gigantes.

Muchos de nosotros sentimos que si pudiéramos ejer-cer nuestra voluntad, podríamos hacer maravillas. Pero por alguna razón parece que en todo caso no queremos tomar-nos la molestia, que no alcanzamos el verdadero punto deci-sivo. Lo retrasamos una y otra vez, hablamos vagamente de que «algún día», pero ese día no acaba de llegar nunca.

Sentimos de manera instintiva el poder de la volun-tad, pero carecemos de la energía suficiente para ejercer-la, y por ello nos dejamos llevar por la corriente, a menos que alguna dificultad aparezca, de que algún útil obstácu-lo se interponga en nuestro sendero, de que algún amable dolor nos empuje a la acción. En esos casos nos vemos obligados a reafirmar nuestra voluntad y con ello empe-zamos a obtener resultados.

El problema es que no queremos que nada acabe obligándonos a ejercer nuestra fuerza de voluntad. No queremos esforzarnos. Somos mentalmente perezosos y de deseo débil. Si no te gusta la palabra «deseo», sustitú-yela por «aspiración» (algunas personas llaman deseos a los impulsos inferiores, y aspiraciones a los superiores; es cuestión de palabras, así que elige la que prefieras). Ahí es donde radica el problema. Deja a una persona en peligro de perder su vida o que una mujer esté a punto de perder un gran amor y presenciarás una sorprendente exhibición de fuerza de voluntad procedente de una fuente inesperada. Deja que el hijo de una mujer se vea amenazado por algún peligro y verás cómo ella manifiesta un grado de coraje y voluntad que barre con todo lo que se le ponga por delante. Y no obstante, esa misma mujer gemirá ante un marido dominante y carecerá de la voluntad de realizar una tarea simple. Un chico hará todo tipo de tareas si las considera un juego, pero apenas podrá obligarse a cortar un poco de leña. Una fuerte voluntad sigue la estela de un deseo intenso. Si realmente quieres hacer algo, por lo general deberás desa-rrollar la fuerza de voluntad para conseguirlo.

El problema radica en que en realidad no quieres nin-guna de esas cosas, y sin embargo le echas la culpa a tu falta de voluntad. Dices que quieres hacerlo, pero si te detuvieses a pensar verías que en realidad deseas hacer otra cosa. No estás dispuesto a pagar el precio para con-seguirlo. Detente un instante y analiza esta afirmación, y aplícala a tu propio caso.

Eres mentalmente perezoso, ése es el problema. No me cuentes nada sobre carecer de la voluntad suficiente. Dispones de un gran repositorio de voluntad esperando que la utilices, pero eres demasiado perezoso para hacer-lo. Ahora bien, si realmente te interesa esta cuestión, pon-te manos a la obra y en primer lugar descubre qué es lo que de verdad quieres hacer, y luego empieza a trabajar y hazlo. No te preocupes de la fuerza de voluntad: dis-pondrás de toda la que desees siempre que la necesites. La cuestión es llegar a ese punto en el que decidirás hacer-lo. Ésa es la verdadera prueba, la resolución. Piensa en esto un poco, y decide si realmente quieres ser un voluntarista con las ganas suficientes como para ponerte a trabajar.

Se han escrito muchos ensayos y libros excelentes acerca de este tema, y todos están de acuerdo a la hora de reconocer la grandeza de la fuerza de voluntad, utilizan-do para ello los términos más entusiastas. Pero pocos han dicho algo acerca de cómo pueden adquirir esta fuerza quienes no la

poseen, o la poseen pero en un grado limi-tado. Algunos han ofrecido ejercicios con vistas a «refor-zar» la voluntad, que en realidad lo que hacen es reforzar la mente, para que ésta pueda recurrir a su almacén de energía. Pero por lo general han pasado por alto el hecho de que en la autosugestión es donde se encuentra el secre-to del desarrollo de la mente, para así poder convertirse en instrumento eficaz de la voluntad.

Autosugestión:

Utilizo mi fuerza de voluntad.

Repite estas palabras varias veces con tesón y de for-ma positiva, inmediatamente después de finalizar este apartado. A continuación repítelas frecuentemente a lo largo del día, al menos en una ocasión cada hora, y en especial cuando te enfrentes a algo que requiera que ejer-cites la fuerza de voluntad. Repítela igualmente varias veces una vez que te acuestes para dormir. Ahora bien, esas palabras no significarán nada a menos que las res-paldes con el pensamiento. De hecho, el pensamiento lo es todo, y las palabras sólo son pinzas de las que cuelga el pensamiento. Así que piensa en lo que estás diciendo y sé consciente de lo que dices. Al principio deberás echar mano de la fe, y utilizar las palabras con una expectativa confiada en el resultado. Mantén el pensamiento al que estás dando forma en el almacén de la fuerza de voluntad, y antes de que pase mucho tiempo descubrirás que ese pensamiento toma forma en la acción, y que tu fuerza de voluntad se manifiesta. Sentirás una oleada de energía cada vez que repitas esas palabras. Te verás superando dificultades y malos hábitos, y te sorprenderá el grado de suavidad que muestra todo aquello que sale de ti.

Ejercicio:

Lleva a cabo al menos una tarea desagradable al día durante un mes... Si hay alguna que te desagrada espe-cialmente y que quisieras evitar, ésa será precisamente la que realizarás. No se trata de que te sacrifiques ni te amanses, ni nada por el estilo: se trata de que ejercites la voluntad. Cualquiera puede hacer aquello que le agrada con alegría, pero para llevar a cabo alegremente lo que nos desagrada hace falta voluntad; y así es como debes realizar la tarea. Verás como es una disciplina de lo más valioso. Prueba durante un mes y comprobarás hasta dónde llegas. Si esquivas este ejercicio, lo mejor es que te pares aquí y reconozcas que no quieres fuerza de voluntad, que te con-tentas con estar donde estás y seguir siendo un debilucho.

CAPÍTULO VI

CÓMO INMUNIZARSE A LA ATRACCIÓN DE PENSAMIENTO DAÑINA

Lo primero que hay que hacer es «eliminar» el miedo y la preocupación. El pensamiento temeroso es causa de mucha infelicidad y muchos fracasos. Ya sé que lo has escuchado muchas veces, pero vale la pena repetirlo. El miedo es un hábito mental que se nos ha prendido a través del pensamiento negativo.

Las grandes expectativas son un imán muy potente. Quien alberga intensos y confiados deseos atrae las cosas que le ayudarán: personas, objetos, circunstancias y entornos, siempre que las desee esperanzado, confiado, con seguridad y tranquilidad. Y también es igualmente cierto que quien teme algo por lo general se las arregla para poner en marcha fuerzas que provocarán que le sobrevenga justo aquello que teme. En realidad, quien teme realmente espera aquello que teme, y a ojos de la Ley es lo mismo que si de verdad lo hubiera deseado. La Ley opera en ambos casos, el principio es el mismo.

La manera óptima de superar el hábito del miedo es asumir la actitud mental de coraje, pues el mejor medio para desembarazarse de la oscuridad es permitir la entra-da de la luz. Luchar contra una pauta de pensamiento negativo reconociendo su fuerza e intentando negarla mediante intensos esfuerzos es una pérdida de tiempo. El método mejor, más seguro, fácil y rápido es asumir la exis-tencia del pensamiento positivo deseado en su lugar; y morando constantemente en el pensamiento positivo, éste se manifestará en la realidad objetiva.

Así pues, en lugar de repetir: «No estoy asustado», hay que decir, con arrestos: «Estoy repleto de coraje», «Soy valiente». Hay que reafirmar: «No hay nada que temer», que, aunque posee la naturaleza de una negación, simplemente niega la realidad del objeto que causa temor en lugar de admitir el propio temor y luego negarlo.

Para superar el miedo, uno ha de agarrarse con fir-meza a la actitud mental del coraje. Debe pensar en el coraje, decir coraje y actuar con coraje. Debe mantener la imagen mental del coraje frente a sí en todo momento, hasta que ésta se convierta en la actitud mental normal. Hay que mantener el ideal con firmeza ante uno y poco a poco se alcanzará su realización: el ideal se hará mani-fiesto.

Permite que la palabra «coraje» se hunda en profun-didad en tu mente, y luego mantenla ahí con firmeza has-ta que la mente la sujete allí donde le corresponda. Piensa en ti mismo como en alguien valiente, considera que

actúas con coraje en situaciones delicadas. Comprende que no hay nada que temer, que la preocupación y el mie-do nunca ayudaron y nunca ayudarán a nadie. Compren-de que el miedo paraliza

el esfuerzo, y que el coraje alien-ta la actividad.

El ser humano confiado, audaz e ilusionado que dice: «Puedo hacerlo y lo conseguiré» es un imán muy potente. Atrae hacia él justo aquello que necesita para alcanzar el éxito. Las cosas dan la impresión de surgir en su camino y la gente dice que tiene «suerte». ¡Tonterías! La «suerte» no tiene nada que ver con ello. Todo radica en la actitud mental. Y la actitud mental del ser humano que dice: «No puedo», o: «Tengo miedo», también determina la medida del éxito. No tiene ningún misterio. No hay más que mirar alrededor para comprender la verdad de lo que aca-bo de decir. ¿Has conocido a alguien afortunado que care-ciese del pensamiento «puedo hacerlo y lo conseguiré» profundamente engranado en su interior? Adelantará al ser humano del «no puedo», aunque éste tal vez cuente con más habilidad y capacidad. La primera actitud men-tal hace emerger a la superficie cualidades latentes, además de atraer ayuda del exterior, mientras que la segunda actitud mental no sólo atrae a gente y cosas «no puedo», sino que también evita que ese ser humano mani-fieste sus propios poderes. He demostrado la corrección de esas opiniones, como muchas otras, y el número de personas que son conscientes de esto aumenta día a día.

No malgastes tu fuerza de pensamiento, utilízala para beneficiarte de ella. Deja de atraer fracaso, infelici-dad, falta de armonía, penas... Empieza ahora y emite una corriente de pensamiento luminoso, positivo y feliz. Permite que tu pensamiento principal sea: «Puedo hacer-lo y lo conseguiré»; piensa: «Puedo hacerlo y lo conse-guiré»; sueña: «Puedo hacerlo y lo conseguiré»; di: «Puedo hacerlo y lo conseguiré», y «haz»: «Puedo hacer-lo y lo conseguiré». Vive en el plano del «puedo hacerlo y lo conseguiré», y antes de que te des cuenta sentirás las nuevas vibraciones manifestándose en acción; las perci-birás dando resultados; serás consciente de un nuevo pun-to de vista; comprenderás que te perteneces a ti mismo. Cuando te unas a la legión del «puedo hacerlo y lo con-seguiré» te sentirás mejor, actuarás mejor, verás mejor, SERÁS mejor en todos los sentidos.

El miedo es el padre de la preocupación, el odio, los celos, la malicia, la cólera, el descontento, el fracaso y todo el resto. La persona que se libra del miedo descubrirá que desaparece el resto de la camada. La única manera de ser libre es desembarazarse del miedo.

Arráncalo de raíz. Considero la conquista del miedo como el paso más importante que deben dar quienes deseen dominar la aplicación de la fuerza del pensamien-to. Mientras el miedo te domine, no estarás en condicio-nes de progresar en la esfera del pensamiento, y debo insistir en que empieces a trabajar desde ahora mismo para deshacerte de ese obstáculo. PUEDES hacerlo, si lo intentas con determinación. Y una vez te hayas deshecho es esa vileza, la vida te parecerá totalmente distinta: te sentirás más feliz, libre, fuerte y positivo, y tendrás más éxito en todos tus empeños en la vida.

Empieza hoy mismo, decide que este intruso debe DESAPARECER, no alcances ningún compromiso con él, insiste en una rendición absoluta de su parte. Te parecerá que la tarea resulta difícil al principio, pero en cada oca-sión que te opongas a él le irás debilitando, y tú te tor-narás más fuerte. Deja de alimentarle mátale de ham-bre , pues no puede vivir en una atmósfera de pensa-mientos osados. Así que empieza a llenarte la mente de pensamientos osados, buenos e intensos. Ocúpate pen-sando en la osadía y el miedo morirá por sí mismo. La osadía es positiva, el miedo es negativo, y puedes estar seguro de que lo positivo acabará prevaleciendo.

Mientras el miedo ronde con sus «pero...», «y si...», «supón...», «tengo miedo», «no puedo», «tal vez...» y todo el resto de sus cobardes sugerencias, no podrás utilizar tu fuerza de pensamiento con toda su fuerza. Una vez le qui-tes de en medio, podrás navegar sin obstáculos, y cada pulgada de tus velas atrapará el viento. El miedo es un Jonás. ¡Así que tíralo por la borda! (la ballena que se lo trague tiene todas mis simpatías).

Te recomiendo que empieces a hacer algunas de las actividades que podrías llevar a cabo si no tuvieses mie-do de intentarlo. Comienza a trabajar con ellas, afirman-do el coraje continuamente, y te sorprenderá comprobar que una actitud mental cambiada despejará los obstácu-los de tu camino, facilitando las cosas mucho más de lo que pudieras imaginar. Los ejercicios de este tipo te irán desarrollando y te sentirás mucho más gratificado al com-probar los resultados de una práctica tan sencilla como ésta.

Delante de ti tienes muchas cosas que esperan ser realizadas, que podrías dominar con sólo desembarazarte del yugo del miedo, con sólo negarte a aceptar sus suge-rencias, reafirmando osadamente el «Yo» y su poder. Y la mejor manera de vencer el miedo es reafirmar el «coraje» y dejar de pensar en el «miedo». De este modo formarás a la mente en nuevos hábitos de pensamiento, erradican-do los viejos pensamientos negativos que te han estado hundiendo y reprimiendo. Lleva contigo la palabra «cora-je» como si fuese tu consigna y manifiéstala en acción.

Recuerda que lo único que hay que temer es al mie-do, y que ni siquiera hay que temer al miedo, pues como mucho es un tipo cobarde que echará a correr si le plan-tas cara.

CAPÍTULO VII

LA TRANSMUTACIÓN DEL

PENSAMIENTO NEGATIVO

La PREOCUPACIÓN es hija del miedo, así que si acabas con el miedo, la preocupación morirá por falta de ali-mento. Este consejo es muy antiguo, y no obstante siem-pre vale la pena repetirlo, pues es una lección que necesi-tamos tener presente en todo momento. Algunas perso-nas creen que si matamos al miedo y la preocupación nunca podremos conseguir nada. He leído editoriales en los grandes periódicos en los que hay escritores que sos-tienen que sin preocupación uno nunca puede realizar ninguna de las grandes tareas de la vida, porque es nece-saria para estimular el interés. No son más que tonterías, las diga quien las diga. La preocupación nunca ayudó a nadie a conseguir nada; por el contrario, se alza como un obstáculo en el camino del logro y la realización.

El motivo que subyace a la acción y al «hacer cosas» es el deseo y el interés. Si se desea ardientemente algo,

uno se interesa mucho en su realización y está dispuesto a aprovechar cualquier cosa que pueda ayudarle a obtener lo que quiere. Además, su mente empieza a trabajar en el plano subconsciente, haciendo que aparezcan en el cam-po de la conciencia muchas ideas valiosas e importantes. El deseo y el interés son las causas que conducen al éxito. La preocupación no es deseo. Es cierto que si el entorno se vuelve intolerable, uno se verá empujado por la deses-peración a realizar algunos esfuerzos que tendrán como resultado la eliminación de las condiciones indeseables y la adquisición de otras que armonicen más con el deseo. Pero eso no es más que otra forma de deseo: la persona que anhela algo distinto de lo que tiene. Y cuando su deseo se torna lo suficientemente intenso, todo tu interés se vuelca en su consecución, realizando un potente esfuerzo, logrando el cambio. Sin embargo, no fue la preo-cupación lo que causó el esfuerzo. La preocupación podría contentarse con agitar las manos y gemir: «Soy el infortunio», agotando los nervios sin conseguir nada. El deseo actúa de otra manera. Aumenta cuando las condi-ciones de la persona se tornan intolerables, y finalmente, cuando ésta siente el dolor de manera tan intensa que no puede seguir soportándolo, dice: «No lo soporto más. Voy a cambiar», y eso es lo que hace. Entonces aparece el deseo en acción. La persona sigue «deseando» un cambio de la peor manera (que es la mejor manera), y cuando su interés y atención se vuelcan en la tarea de liberación empieza a hacer que las cosas se pongan en marcha. La preocupación nunca consigue nada. La preocupación es negativa y luctuosa. El deseo y la ambición son positivos

y vitales. Una persona puede preocuparse hasta el infinito y no obstante seguir sin lograr nada, pero deja que esa persona transmute su preocupación y descontento en deseo e interés, junto con la creencia de que es capaz de provocar el cambio la idea del «puedo hacerlo y lo con-

seguiré»; es entonces cuando empiezan a suceder cosas. Sí, el miedo y la preocupación deben desaparecer

antes de que podamos lograr gran cosa. Uno debe expul-sar a esos intrusos negativos y sustituirlos por la confian-za y la esperanza. Transmuta la preocupación en deseo intenso. Entonces descubrirás que se despierta el interés, y empezarás a pensar cosas que son interesantes para ti. Te llegarán pensamientos procedentes de la gran reserva acumulada en tu mente y comenzarás a manifestarlos en la acción. Además, te armonizarás con pensamientos similares de otras personas, atrayendo hacia ti ayuda y asistencia procedente del gran volumen de ondas de pen-samiento que llena el mundo. Uno atrae hacia sí ondas de pensamiento que corresponden a los pensamientos pre-dominantes en la propia mente: su actitud mental. También pone en marcha la gran Ley de la Atracción, por la que atrae hacia sí a otras personas que pudieran ayu-darle y, a su vez, se ve atraído hacia otras a las que pudie-ra serle de ayuda. Esta Ley de la Atracción no es ninguna broma, no es ninguna tontería metafísica, sino un importante principio vivo y activo de la Naturaleza, como pue-de comprobar cualquiera a través de la experimentación y observación.

Para tener éxito en cualquier cosa que se desee mucho, el deseo debe ser evidente para poder atraerlo.

Quien tiene deseos débiles atrae bien poco. Cuanto más intenso es el deseo, mayor es la fuerza que se pone en funcionamiento. Hay que querer algo con la intensidad suficiente antes de poder obtenerlo. Debes desearlo más que cualquier otra cosa, y debes estar dispuesto a pagar el precio requerido. El precio es deshacerse de ciertos deseos menores que se alzan en el camino de la realización del más intenso. Comodidades, facilidades, diversiones, entre-tenimientos, y otras muchas cosas deben desaparecer (aunque no siempre). Todo depende de lo que quieras. Por regla general, cuanto mayor es lo que se desea, mayor es el precio que se habrá que pagar por ello. La Naturaleza cree en la compensación adecuada. Pero si realmente deseas algo con verdadero ardor, pagarás el precio sin decir nada, pues el deseo empequeñecerá la importancia de lo demás.

¿Dices que quieres intensamente algo y que haces todo lo posible para conseguirlo? ¡Bah! Sólo finges desear-lo. ¿Deseas eso tanto como un preso anhela la libertad, como un moribundo la vida? Fíjate en las cosas casi mila-grosas conseguidas por los presos que desearon la liber-tad. Fíjate en cómo se esforzaron para atravesar planchas de metal y paredes de piedra con herramientas bien sim-ples. ¿Es tu deseo tan intenso? ¿Te esfuerzas por obtener aquello que deseas como si tu vida dependiese de ello? ¡Tonterías! No sabes lo que es el deseo. Te digo que si una persona quiere algo con tanto anhelo como el preso desea la libertad, o como alguien muy vital desea la vida, esa persona podrá barrer obstáculos e impedimentos aparen-temente inamovibles. La clave para realizarlo es deseo, confianza y voluntad. Esta llave abre muchas puertas.

El miedo paraliza el deseo, asusta a la vida. Debes deshacerte del miedo. Hubo momentos en mi vida en los que el miedo se apoderó de mí, apropiándose de mi vita-lidad, y en los que perdí toda esperanza, todo interés, toda ambición y deseo. Pero, gracias al Señor, siempre me las arreglé para

deshacerme del acoso del monstruo y hacer frente a mis dificultades como un hombre. Y hete aquí que las cosas empezaron a serme más fáciles. A veces la dificultad se fundía o bien se me daban los medios para superarla, evitarla o sortearla. Es extraño cómo funciona todo esto. Por muy grande que sea la dificultad, cuando finalmente nos enfrentamos a ella con coraje y confianza en nosotros mismos, parece que nos repongamos, y a con-tinuación nos preguntamos de qué nos asustábamos tan-to. No es una mera fantasía, sino la manera de operar de una potente ley, que no acabamos de comprender por completo, pero que podemos demostrar en cualquier momento.

Hay gente que suele preguntar: «Está muy bien que vosotros, los del Nuevo Pensamiento, digáis: « No te pre-ocupes , pero ¿qué puede hacer una persona cuando piensa en todos los obstáculos que pueden bloquear su camino y que puedan trastornar sus planes?». Bueno, todo lo que puedo decir es que esa persona está come-tiendo una tontería al preocuparse pensando en los pro-blemas que pudieran surgir en el futuro. La mayoría de las cosas por las que nos preocupamos no llegan a suceder; una gran proporción del resto nos llega en una forma más suave que la anticipada, y siempre hay otras circunstan-cias que aparecen al mismo tiempo que nos ayudan a superar el problema. El futuro no sólo nos reserva dificul-tades que superar, sino también agentes que nos ayudarán a superar las dificultades. Las cosas se ajustan por sí mis-mas. Estamos preparados para hacer frente a cualquier problema que surja, y cuando llega la ocasión siempre hallamos la manera de enfrentarnos a ello. Dios no sólo atempera el viento para el carnero esquilado, sino que también atempera al carnero esquilado para el viento. Los vientos y la esquila no llegan juntos; por lo general suele haber tiempo suficiente para que el carnero se aclimate, y luego vuelve a contar con lana antes de que lleguen los fríos.Se ha dicho, y con mucha razón, que nueve décimas partes de las preocupaciones tratan de cosas que nunca suceden, y que la otra décima parte trataba de cosas de poca o escasa importancia. Así que, ¿qué sentido tiene utilizar todas tus fuerzas de reserva agobiándote con pro-blemas futuros? Es mejor esperar a preocuparse cuando los problemas acaben apareciendo realmente. Descubrirás que al haber acumulado esta energía serás capaz de hacer frente a cualquier tipo de contrariedad que surja a tu paso.

¿Qué es lo que consume toda la energía en los seres humanos normales? ¿Es la superación real de dificulta-des, o la preocupación acerca de supuestos problemas? Siempre estamos con «mañana, mañana», y ese mañana no acaba siendo tan terrible como habíamos imaginado. El mañana está bien; lleva en sí aspectos tanto buenos como problemáticos. Cuando me paro a pensar en todas esas cosas que en alguna ocasión temí que me sobrevinie-sen, no puedo por menos que reírme. ¿Dónde está ahora

todo eso? No lo sé. Y hasta me he olvidado casi por com-pleto de que en alguna ocasión las temí.

No es necesario luchar contra la preocupación, pues ésa no es la manera de superar ese hábito. Basta con prac-ticar la concentración, y a continuación aprender a con-centrarse en algo justo delante de ti, y entonces descu-brirás que el pensamiento preocupante se desvanece. Existen maneras mejores de superar los pensamientos objetables que luchar contra ellos. Aprende a concentrar-te en pensamientos de carácter opuesto y habrás solucio-nado el problema.

Cuando la mente está repleta de pensamientos de preocupación, no puede hallar tiempo para elaborar pla-nes que te beneficien. Pero cuando te concentras en pen-samientos luminosos y útiles, descubrirás que empieza a trabajar de manera subconsciente; y cuando llegue la oca-sión descubrirás

todo tipo de planes y métodos con los que podrás hacer frente a las demandas que aparezcan en tu camino. Mantén una actitud mental correcta y todo se pondrá en su sitio. Preocuparse no tiene sentido; nunca ha solucionado nada, y nunca solucionará nada. Los pen-samientos luminosos, alegres y felices atraen cosas lumi-nosas, alegres y felices, mientras que la preocupación las aleja. Cultiva la actitud mental correcta.

CAPÍTULO VII

LA LEY DEL CONTROL MENTAL

Tus pensamientos son o bien fieles servidores o seño-res tiránicos, lo que tú les permitas ser. Tú tienes la pala-bra, así que elige. O bien se dedicarán a trabajar bajo la dirección de una voluntad firme, haciendo todo lo que puedan, no sólo durante las horas de vigilia, sino también cuando duermes parte de nuestras mejores operaciones mentales tienen lugar cuando nuestra mentalidad cons-ciente descansa , como lo demuestra el hecho de que cuando llega la mañana descubrimos que hay preocupan-tes problemas que parecen haberse resuelto durante la noche, después de que los hubiésemos desechado de nuestras mentes ... al menos en apariencia; o bien se nos subirán a la parra y nos convertirán en sus esclavos en caso de ser lo suficientemente tontos como para per-mitírselo. Más de la mitad de la población mundial es esclava de cualquier pensamiento errático que tenga a bien atormentarla.

Se te ha dado la mente para que la utilices bien, no para que te utilice a ti. Son muy pocos los que parecen saberlo y los que entienden el arte de controlar la mente. La clave de este misterio es la concentración. Un poco de práctica desarrollaría en todos los seres humanos el poder de utilizar la maquinaria mental apropiadamente. Cuando tengas alguna tarea mental que llevar a cabo, concéntrate en ella excluyendo todo lo demás, y descu-brirás que la mente converge en ello en lo que hay que hacer y que todo se resuelve con rapidez. No existe fric-ción y se obvia todo movimiento superfluo o desperdicio de energía. Se utilizan todas las energías disponibles y cada revolución de la rueda directriz mental tiene un objeto. Vale la pena ser un ingeniero mental competente. Y el ser humano que sabe cómo dirigir su motor mental sabe que una de las cosas más importantes es ser capaz de detenerse cuando se ha realizado la labor. No sigue echando carbón a la caldera, y manteniendo la pre-sión alta una vez que ha acabado su labor, o cuando fina-liza la parte cotidiana de trabajo. Sabe que hay que apa-gar las calderas hasta el día siguiente. Algunas personas actúan como si el motor debiera continuar siempre fun-cionando, tanto si hay como si no hay algo que hacer, y luego se quejan de que se desgasta y hay que reparar esto y lo otro. Los motores mentales son máquinas estupen-das, y lo que requieren es un cuidado inteligente.A quienes están familiarizados con las leyes de con-trol mental les parecerá absurdo que haya alguien que permanezca toda la noche en vela preocupándose de los problemas de ese día, o más a menudo, de los problemas de mañana. Resulta tan fácil reducir la velocidad de la mente como de un motor, y son miles los que aprenden a hacerlo en la actualidad gracias al Nuevo Pensamiento. La mejor manera de conseguirlo es pensar en otro asunto, lo más diferente posible del pensamiento entrometido. Es inútil luchar contra un pensamiento inaceptable con el propósito de «ahogarlo». Es una gran pérdida de energía, y cuanto más dices: «¡No pensaré en eso!», más te viene a la mente, pues uno lo está manteniendo delante para gol-pearlo. Suéltalo; no pienses más en ello, concentra la mente en algo totalmente distinto y mantén la atención ahí mediante un esfuerzo de la voluntad. Un poco de práctica haría maravillas en ese sentido. La atención sólo puede concentrarse en

una cosa a la vez, así que dirige toda tu atención a un pensamiento, y los otros se escabu-llirán. Inténtalo y verás.

CAPÍTULO IX

REAFIRMAR LA FUERZA VITAL

Ya he hablado de las ventajas de desembarazarse del miedo. Ahora quisiera introducir VIDA en ti. Muchos de vosotros habéis vivido como si estuvieseis muertos: sin ambición, energía, vitalidad, interés, vida... Así no vamos a ninguna parte. Estáis estancados. Despertad y ¡mani-festad algo de vida! Éste no es un sitio en el que puedas comportarte como un muerto viviente; es un lugar para gente totalmente despierta, activa, viva, y lo que aquí necesitamos es un buen despertar general, aunque eso requeriría por lo menos un sonoro trompetazo a cargo del pífano de Gabriel. Parece que sólo eso despertaría a algu-nas personas que van por ahí creyendo que están vivas, pero que en realidad están muertas respecto a todo lo que hace que la vida valga la pena vivirse.

Debemos permitir que la vida fluya en nosotros, y que se exprese de manera natural. No debes permitir que las pequeñas preocupaciones del día a día, ni las grandes, te depriman y hagan que pierdas tu vitalidad. Reafirma la fuerza vital en tu interior, y manifiéstala en todos tus pen- samientos, actos y hechos, y antes de que te des cuenta estarás risueño y repleto de vitalidad y energía.

En Pon algo de vida en tu trabajo en tus placeres ti mismo. Deja de hacer las cosas a medias y empieza a interesarte en lo que estás haciendo, diciendo y pensando.

Es asombroso lo interesantes que pueden llegar a pare- cernos las cosas ordinarias de la vida con sólo estar despiertos. Estamos rodeados de cosas interesantes suceden en cada instante pero no seremos conscientes de ellas a menos que reafirmemos nuestra fuerza vital y empecemos a estar realmente vivos en lugar de limitarnos a existir.

Ningún hombre ni ninguna mujer han sido nunca nada a menos que insuflasen vida en las tareas cotidianas los actos y en sus pensamientos. Lo que el mundo necesita es hombres y mujeres vivos. No tienes más que mirar los ojos de aquellos a los que conoces para descubrir cuántos de ellos están realmente vivos. La mayoría care-ce de esa expresión de vida consciente que distingue a quien vive de quien simplemente existe.

Quiero que adquieras ese sentido de vida consciente, para que puedas manifestarlo en tu vida y demostrar lo que la Ciencia Mental ha hecho por ti. Deseo que hoy te pongas a trabajar y empieces a transformarte según la última pauta. Podrás conseguirlo si pones el interés ade-cuado en la tarea.

Afirmación y ejercicio:

Concentra la mente en el pensamiento de que tu «Yo» interior está mucho más vivo y que tú manifiestas totalmente la vida, tanto mental como físicamente. Y mantén ese pensamiento ahí,

ayudándote mediante repe-ticiones constantes de la consigna. No permitas que ese pensamiento se te escape y empújalo siempre hacia el foco de la mente. Mantenlo delante de la visión mental todo lo que te sea posible. Repite la consigna cuando te despiertes por la mañana y cuando te acuestes por la noche. Repítela a la hora de comer y siempre que puedas a lo largo del día, al menos en una ocasión cada hora. Forma una imagen mental de ti mismo lleno de vida y energía. Da la talla siempre que te sea posible. Cuando empieces a realizar una tarea, repite: «ESTOY vivo», e insu-fla toda la vida posible en la tarea. Si te sientes algo depri-mido, di: «E STOY vivo», y luego respira hondo unas cuan-tas veces, y con cada inspiración permite que la mente mantenga el pensamiento de que estás inspirando fuerza y vida, y al espirar, mantén el pensamiento de que espiras todos los estados viejos, muertos y negativos, de los que te encanta deshacerte. Luego finaliza con una afirmación ardiente y vigorosa: «E STOY vivo», y dilo en serio.

Permite que tus pensamientos tomen forma en la acción. No te contentes con repetir que estás vivo, sino que has de demostrarlo con tus actos. Interésate en hacer cosas, no te quedes en la luna ni sueñes despierto. Entra en materia y VIVE.

CAPÍTULO X

FORMAR LA MENTE DEL HÁBITO

El profesor William James, conocido profesor y escri-tor de psicología, dice, con mucha razón:

Lo más importante en toda educación es convertir nuestro sistema nervioso en un aliado en lugar de en un enemigo. Para ello debemos hacer de manera habitual y automática, tan pronto como nos sea posible, todas las acciones útiles que podamos y evitar con gran cuidado todo aquello que pudiera ser perjudicial. En la adquisición de un nuevo hábito, o al soltar uno viejo, es necesario que nos lancemos a ello con una iniciativa tan intensa y decidida como nos sea posible. No hay que permitir que suceda ninguna excepción hasta que el nuevo hábito esté bien enraizado en la vida. No dejes pasar la primera oportunidad que ten-gas de actuar sobre todas las resoluciones que tomes y cualquier impulso emocional que puedas experimentar, en la dirección de los hábitos que aspiras incorporar.

Este consejo resultará familiar para todos los estu-diantes de Ciencia Mental, pues trata la cuestión con mucha más sencillez que cualquiera de nosotros. Nos inculca la importancia de trasladar a la mente subcons-ciente los impulsos adecuados, para que se conviertan en automáticos y en una «segunda piel». Nuestra mentalidad subconsciente es un gran almacén de todo tipo de suge-rencias, tanto de nosotros mismos como procedentes de los demás y, como es la «mente del hábito», debemos tener cuidado y enviarle el material adecuado a partir del que cree hábitos. Si nos acostumbramos a llevar a cabo ciertas actividades, podemos estar seguros de que la men-talidad subconsciente nos irá facilitando la realización de lo mismo una y otra vez, resultándonos en cada ocasión más fácil, hasta que al final nos hallemos firmemente amarrados con las sogas y cadenas del hábito, de la cos-tumbre, y nos resulte más o menos difícil, a veces casi imposible, liberarnos a nosotros mismos de esa cosa abo-rrecible.

Hemos de cultivar buenos hábitos para cuando lle-gue la ocasión de ejercerlos. Llegará el momento en que deberemos hacer gala de nuestros mejores esfuerzos, y depende de nosotros ahora mismo que cuando surja la necesidad nos halle preparados para hacer lo que corres-ponda, de manera automática y casi sin pensar, o bien luchando para deshacernos de las cadenas de lo opuesto a lo que deseemos en ese momento.

Debemos mantenernos al tanto en todo momento a fin de evitar la formación de hábitos indeseables. Puede que hoy no parezca perjudicial hacer cierta cosa, o tal vez tampoco nos lo parezca mañana, pero puede que sí resul-te muy perjudicial crear el hábito de hacer eso en parti-cular. Si te vieses en la tesitura de tener que responder a la pregunta: «¿Cuál de estas dos cosas debería hacer?», la mejor respuesta es: «Haré lo que quisiera que se convir-tiese en un hábito para mí».

Al dar forma a un nuevo hábito, o al romper uno antiguo, debemos emprender esa labor con todo el entu-siasmo posible, a fin de ganar el máximo terreno posible antes de que la energía se expanda

cuando encuentre la fricción de los hábitos opuestos ya formados. Debemos empezar creando una impresión lo más intensa posible en la mentalidad subconsciente. Luego tenemos que per-manecer constantemente en guardia contra las tentacio-nes que pudieran surgir de quebrar la nueva resolución «sólo por esta vez». Esta idea del «sólo por esta vez» aca-ba con más buenas resoluciones que cualquier otra causa. En el momento en que uno se abandona al «sólo por esta vez», se introduce una cuña que al final acabará quebran-do la resolución.

También es muy importante el hecho de que cada vez que te resistes a la tentación, más fuerte se torna tu resolución. Actúa sobre tu resolución tan pronto y tan a menudo como sea posible, pues con cada manifestación del pensamiento en acción, más fuerte se torna. Cada vez que la apoyas con una acción, estás reforzando la resolu-ción original.

A la mente se la ha comparado con una hoja de papel doblado. A partir de ese momento siempre tiene la ten-dencia a plegarse por el mismo doblez, a menos que creemos un nuevo doblez, que será el que siga a partir de entonces. Los dobleces son hábitos y cada vez que hacemos o crea-mos uno a la mente le resulta más fácil plegarse por los mismos dobleces. Debemos contar con los dobleces men-tales correctos.

CAPÍTULO XI

LA PSICOLOGÍA DE LA EMOCIÓN

Es posible pensar en las emociones independiente-mente del hábito. Podemos pensar con facilidad en adqui-rir hábitos de acción, e incluso de pensamiento, pero tam-bién podemos considerar las emociones como algo rela-cionado con «sentir» y bastante separado del esfuerzo intelectual. No obstante, y a pesar de la distinción entre ambos, los dos dependen en gran parte del hábito, y uno puede reprimir, aumentar, desarrollar y cambiar las pro-pias emociones, igual que pueden regularse los hábitos en la manera de actuar y de ver las cosas.

La psicología sostiene el axioma: «Las emociones se hacen más profundas mediante la repetición». Si una per-sona permite que determinada sensación se apodere de ella, le resultará más fácil ceder a esa misma emoción en una segunda ocasión, y así, hasta que esa emoción o sensa-ción en particular se convierta en una costumbre para ella. Si una emoción indeseable demuestra sentirse inclinada a morar de manera permanente en ti, lo más conveniente sería que empezases a trabajar para desembarazarte de ella, o al menos para dominarla. Y el mejor momento para hacerlo es al principio, pues cada repetición hace que el hábito se enraíce más y que la tarea de desplazarlo resul-te más difícil.

¿Alguna vez sentiste celos o envidia? Si es así, recor-darás lo insidioso que fue su primera aproximación, de qué manera sutil vertió odiosas sugerencias en tu oído dispuesto a recibirlas, y cómo poco a poco, con la conti-nuidad de esas sugerencias, finalmente acabaste viendo a través del prisma verde de la envidia o los celos (la envi-dia tiene un efecto sobre la bilis, y envenena la sangre. Por eso se la asocia con el color verde). Recordarás cómo pare-ció crecer, tomar posesión de ti hasta que apenas te la pudiste sacudir. La siguiente vez te resultó más fácil sen-tir envidia o celos. Parecía traer a tu presencia todo tipo de objetos que aparentemente justificaban tus sospechas y sensaciones. Todo parecía verde, ese monstruo gordo y verde.

Y lo mismo sucede con cada sensación o emoción. Si te abandonas a un ataque de cólera, te resultará más fácil sentirte colérico la próxima vez, frente a una provocación menor. El hábito de sentir y actuar «mezquinamente» no tarda mucho en echar raíces en un nuevo hábitat siempre que se le anime a hacerlo. La preocupación es el gran hábito que tiende a engordar. La gente empieza preo-cupándose de cuestiones importantes, y luego comienza a hacerlo sobre pequeñeces. Y entonces la menor insignifi-cancia les preocupa y perturba. Se imaginan que está a punto de sobrevenirles todo tipo de hechos fatales. Si ini-cian un viaje están seguros de que se estrellarán o naufra-garán. Si llega un telegrama, indudablemente contiene noticias horribles. Si un niño parece estar un poco cal-mado, la madre preocupada sólo piensa en que enfermará y morirá. Si el marido parece pensativo y le da vueltas a algún negocio en su cabeza, la buena esposa está conven-cida de que está empezando a dejar de

quererla, y se abandona al llanto. Es el cuento de nunca acabar preo-cupación, preocupación, preocupación ; y cada vez que te abandonas a ella, más fuerte se hace el hábito. Al cabo de poco tiempo ese pensamiento continuo pasa a la acción. No sólo la mente está envenenada por esos pen-samientos tristes, sino que la frente empieza a mostrar profundas arrugas entre las cejas, y la voz adopta ese tono rasposo y quejumbroso tan común entre las personas pre-ocupadas.

El estado mental conocido como «criticón» es otra emoción que engorda con el ejercicio. Primero se encuen-tra una falta en tal cosa, luego en esa otra, y finalmente en todo. La persona se convierte en una «gruñona» cróni-ca, una pesadez para amigos y familiares, y alguien que los extraños prefieren evitar. Las mujeres pueden llegar a convertirse en grandes gruñonas, pero no porque los hom-bres sean mejores, sino porque sencillamente un hombre gruñón puede deshacerse del hábito gracias a otros hom-bres, que no le aguantarán la tontería. Se da cuenta de que no hace más que empeorar su situación y se sacude el hábito, mientras que una mujer tiene más oportunidades de recrearse en él. Porque este continuo gruñir no es más que una cuestión de costumbre. Nace y se desarrolla a partir de una pequeña semilla, y cada vez que uno se recrea en él, echa otra raíz, rama o zarcillo, afianzándose cada vez más en quien le ha proporcionado terreno para crecer.

La envidia, la falta de generosidad o las habladurías son hábitos de este tipo. Las semillas están latentes en el interior de todos los seres humanos, y sólo necesitan un buen terreno y un poco de riego para cobrar vigor y fortaleza.

Cada vez que te abandonas a esas emociones negati-vas, más fácil te resulta volver a caer en ellas o en otras parecidas. A veces, al animar una emoción indigna, resul-ta que se están creando las condiciones para el desarrollo de toda una familia de esas malas hierbas mentales.

Ahora bien, aquí no se está dando una prédica orto-doxa contra el pecado o los malos pensamientos. Se trata únicamente de llamarte la atención acerca de la ley que subyace a la psicología de la emoción. No es ninguna novedad es vieja como el mundo, tan vieja que muchos de nosotros la hemos olvidado.

Si deseas manifestar esos rasgos desagradables e ingratos continuamente, y sufrir la infelicidad que apor-tan, no dejes de hacerlo: es asunto tuyo y estás en tu dere-cho. No es asunto mío, y no te estoy predicando, pues ya tengo bastante con estar atento a mis propios hábitos y actos indeseables. Sólo te estoy hablando de la ley que regula la cuestión y de ti depende el resto. Si deseas liqui-dar esos hábitos, es conveniente que sepas que tienes a tu disposición varias maneras de hacerlo. Por ejemplo, siem-pre que te descubras abandonándote a un pensamiento o sensación negativos, debes agarrarlos y decirles con fir-meza: «¡Fuera de aquí!». Al principio no será tan fácil, y se le pondrán los pelos de punta, arqueará el lomo y gruñirá como si fuese un gato ofendido. Pero no te preo-cupes; sólo tienes que decir: «¡Desaparece!». La próxima vez no se mostrará tan confiado y agresivo, sino que manifestará un poco de miedo. En cada ocasión que repri-mas o ahogues una tendencia de este tipo, más débil se tornará, y más fuerte serás tú.

Dice el profesor James:

Niégate a expresar una pasión y ésta morirá. Cuenta diez antes de expresar tu cólera y entonces parecerá ridículo hacerlo. Silbar para reunir valor no es una simple figura retórica. Por otra parte, siéntate todo el día en una postu-ra abatida, suspira y contesta a todo lo que te digan con voz lúgubre, y puedes estar seguro de que tu melancolía no desaparecerá. No hay en la educación moral un precepto más valioso que éste, como atestiguan todos los que lo han experimentado: si deseamos conquistar tendencias emo-cionales en nosotros mismos, debemos dedicarnos en prin-cipio, de manera asidua y con sangre fría, a practicar las disposiciones contrarias que preferiríamos cultivar.

Relaja el ceño, ilumina la mirada, contrae el aspecto dorsal en lugar del ventral, habla en un tono más elevado y haz un cumplido genial; tu corazón debe de estar frígi-do de veras si con todo eso no empieza a deshelarse.

CAPÍTULO XII

DESARROLLAR NUEVAS CÉLULAS CEREBRALES

He hablado del plan para deshacerse de estados sen-sitivos indeseables y expulsarlos. Pero hay un método mucho mejor, que es cultivar la sensación o emoción directamente opuesta a la que se desea erradicar.

Somos muy capaces de considerarnos a nosotros mis-mos como resultado de nuestras emociones y sensacio-nes, y de creer que esas sensaciones y emociones somos «nosotros». Sin embargo, eso está lejos de ser así. Es cier-to que la mayoría de la humanidad es esclava de sus emo-ciones y sensaciones, que está muy dominada por ellas. Los individuos creen que las sensaciones son elementos que nos dirigen y de los que uno no puede liberarse, así que dejan de rebelarse. Ceden a las sensaciones sin ninguna duda, aunque tal vez sepan que la emoción, o rasgo mental, está calculada para herirlos, y para provocar infe-licidad y fracaso en lugar de felicidad y éxito. Se dicen: «Estamos hechos de esa manera», y se lo creen.

La nueva psicología enseña a la gente cosas mejores. Les dice que son dueños de sus emociones y sensaciones, en lugar de sus esclavos. Les enseña que pueden desarro-llarse células cerebrales que se manifestarán en tendencias deseables, y que las viejas células cerebrales que se han manifestado de manera tan desagradable pueden añadir-se a la lista de asuntos que hay que retirar, dejando que se atrofien por falta de uso. La gente puede transformarse y cambiar toda su naturaleza. No es una mera teoría, sino un hecho palpable que se han encargado de demostrar miles de personas, y que cada vez llama más la atención de la humanidad.

Sea cual fuere la teoría mental que apoyemos, debe-mos admitir que el cerebro es el órgano y el instrumento de la mente, al menos en nuestro estado presente de exis-tencia, y que ésa es la manera en que debemos considerar al cerebro. Éste es como un maravilloso instrumento musical, que cuenta con millones de teclas, con las que creamos innumerables combinaciones de sonidos. Venimos al mundo con ciertas tendencias, temperamen-tos y predisposiciones. Podemos achacar esas tendencias a la herencia, o bien a teorías de preexistencias, pero el hecho es el mismo, no varía. Algunas teclas parecen res-ponder a nuestro contacto con mayor facilidad que otras. Algunas notas parecen reaccionar mejor al paso de la corriente de las circunstancias sobre las cuerdas. Y otras vibran con menor facilidad. Pero sabemos que a menos que hagamos un esfuerzo de voluntad para apagar el soni-do de algunas de esas cuerdas que suenan con tanta faci-lidad, acabará siendo más difícil hacerlas sonar, y no será tan fácil que vibren al son de las circunstancias. Y si nos ocupamos de algunas de las otras teclas que no acaban de producir una nota clara, no tardaremos en afinarlas: sus notas sonarán claras y vibrantes, y ahogarán los sonidos menos agradables.

Contamos con millones de células cerebrales que no utilizamos y que esperan nuestros cuidados.

Estamos acostumbrados a tratar con algunas de ellas, y con otras trabajamos sin parar. Podemos dar cierto descanso a esas células si utilizamos otras. El cerebro puede parecer entrenado y cultivado de una manera increíble para alguien que no se haya fijado en la cuestión. Las actitudes mentales pueden adquirirse y cultivarse, cambiarse y des-cartarse, a voluntad. Ya no hay excusa para que la gente manifieste estados mentales desagradables o perjudicia-les. Todos contamos con el remedio en nuestras manos.

Adquirimos hábitos de pensamiento, sentimiento y acción, a través de su uso repetido. Podemos nacer con una tendencia en cierta dirección, o bien adquirir ten-dencias a través de las sugerencias de otros; también están las procedentes de las lecturas y de escuchar a profesores y maestros. Somos un fardo de hábitos mentales. Cada vez que nos abandonamos a un pensamiento o hábito indeseable, más fácil nos resulta repetir ese pensamiento o acción.

Los científicos mentales acostumbran a hablar de pensamientos deseables, o de actitudes mentales, «positi-vos», y de los indeseables como «negativos». Existe una buena razón para ello. La mente reconoce de forma ins-tintiva ciertas cosas como buenas para el individuo al que pertenece y abre camino para esos pensamientos, po-niéndoles el mínimo de resistencia. Tienen un efecto mucho mayor que un pensamiento indeseable, y un pen-samiento positivo puede neutralizar varios negativos. La mejor manera de superar pensamientos indeseables o negativos, así como sentimientos y emociones, es cultivar los positivos. El pensamiento positivo es la planta más recia, y con el tiempo acabará expulsando al negativo al retirarle el alimento necesario para su existencia.

Al principio, el pensamiento negativo ofrecerá una vigorosa resistencia, claro está, pues estará luchando por su supervivencia. Tal y como se dice actualmente, «ve acercarse su final», siempre y cuando se permita crecer y desarrollarse al pensamiento positivo; y en consecuencia, a la persona le dificulta las cosas hasta que ésta deja de alimentarlo. A las células cerebrales les gusta tan poco permanecer apartadas como a cualquier otra forma de energía viva, y se rebelan y luchan hasta que se debilitan tanto que no pueden seguir haciéndolo. El mejor método es dejar de hacer caso a esas malas hierbas de la mente, y dedicar todo el tiempo posible a regar las nuevas y her-mosas plantas del jardín de la mente, ocuparse de ellas y cuidarlas.

Por ejemplo, si tiendes a odiar a la gente, puedes superar ese pensamiento negativo cultivando amor en su lugar. Piensa en el amor y manifiéstalo todo lo posible. Cultiva pensamientos de benevolencia y actúa con tanta amabilidad como puedas con todo aquel con quien entres en contacto. Al principio no te resultará nada fácil, pero poco a poco el amor irá dominando al odio, hasta que éste empiece a declinar y marchitarse. Si tiendes hacia la tristeza, cultiva una sonrisa y una visión alegre de las cosas. Insiste en tener las comisuras de los labios curva-dos hacia arriba, y mantén la actitud de ver el lado bue-no de las cosas. Los «diablos» de la tristeza se rebelarán, desde luego, pero no les hagas caso y sigue cultivando optimismo y alegría. Permite que tu lema sea: «Luminoso, alegre y feliz», e intenta estar a la altura.

Estas recetas pueden parecer antiguas y gastadas, pero son verdades psicológicas y las puedes utilizar en tu beneficio. Si comprendes una vez la naturaleza de este asunto, entenderás y aprovecharás las afirmaciones y autosugestiones de varias escuelas. Utilizando este méto-do puedes tornarte energético en lugar de desidioso, acti-vo en lugar de perezoso. La gente del Nuevo Pensamiento suele

tener mucho que decir acerca de «controlar el pen-samiento» y, en realidad, es necesario «controlar el pensa-miento» a fin de obtener resultados. Pero también se necesita algo más. Debes manifestar el pensamiento has-ta que se convierta en un hábito en ti. Los pensamientos toman forma en la acción, en la manifestación, y a su vez las acciones influyen en ellos. Así que manifestando cier-tas maneras de ver las cosas, las acciones reaccionan sobre la mente, aumentando el desarrollo de la parte de la men-te que está íntimamente relacionada con ese acto. Cada vez que la mente considera un pensamiento, más fácil es la acción resultante, y cada vez que se ejecuta una acción, más fácil se torna albergar el pensamiento correspondiente.

Así que ya lo ves: acción y reacción es algo que fun-ciona en ambos sentidos. Si te sientes alegre y feliz, es muy natural que te rías. Si te ríes un poco, empezarás a sentirte luminoso y alegre. ¿Comprendes lo que quiero decir? Te lo explicaré en pocas palabras: si deseas cultivar un cierto hábito o acción, comienza cultivando la actitud mental correspondiente. Y para cultivar esa actitud men-tal, empieza manifestando o llevando a cabo el acto que corresponde al pensamiento. Ahora comprueba si puedes aplicar esta regla. Ocúpate de algo que sientas que hay que hacer pero de lo que no tengas ganas de ocuparte. Cul-tiva el pensamiento que conduce a esa actitud y dite a ti mismo: «Me gusta hacer esto y lo otro», y luego lleva a cabo el movimiento (con alegría, recuerda) y manifiesta el pensamiento que quieres que se ocupe de esa tarea. Interésate en hacerlo, estudia la mejor manera de hacerlo, piensa en ello, tómatelo en serio y verás cómo lo haces con una considerable cantidad de placer e interés: estarás cultivando un nuevo hábito.

Si prefieres intentarlo con algún rasgo mental del que desearías deshacerte, el proceso funciona de la misma manera. Empieza cultivando el rasgo contrario, piensa en él y manifiéstalo con toda tu alma. Luego observa el cam-bio que te sobrevendrá. No te desanimes ante la resisten-cia que hallarás al principio, sino que deberás decirte, con alegría: «Puedo hacerlo y lo conseguiré», y esfuérzate. Lo que importa en este caso es mantenerse alegre e interesa-do en el proceso. Si lo consigues, el resto es coser y cantar.

CAPÍTULO XIII

EL PODER DE ATRACCIÓN: LA FUERZA DEL DESEO

Ya hemos visto la necesidad de deshacerse del miedo, de que tu deseo cuente con la máxima fortaleza para tra-bajar. Suponiendo que hayas llegado a dominar esta par-te de la tarea, o al menos empezado a recorrer el camino que conduce a tal dominio, ahora te llamaré la atención acerca de otra importante cuestión también relacionada. Me referiré a la cuestión de las filtraciones mentales. No, no estoy hablando de la filtración que procede de tu fra-caso a la hora de guardar tus propios secretos, que es importante, pero que forma parte de otra cuestión. La fil-tración a la que me refiero es la ocasionada por el hábito de que la atención se sienta atraída y distraída por cual-quier fantasía o capricho.

Para conseguir algo es necesario que la mente se ena-more de ello, y sea consciente de su existencia, casi con exclusión de todo lo demás. Debes enamorarte de aquello que deseas obtener, igual que si conocieses a la mujer o al hombre con el que deseases casarte. No estoy diciendo que debas convertirte en un monomaníaco del tema, y que pierdas todo interés en cualquier otra cosa de este mun-do. Eso no funcionaría, pues la mente debe contar con esparcimiento y cambio. Lo que digo es que has de estar tan «concentrado» en el objeto deseado que todo lo demás parezca tener una importancia secundaria. Un hombre enamorado puede resultar muy agradable para todos los demás, y llevar a cabo sus deberes y gozar de los placeres de la vida con buen talante, pero interiormente todo lo que se dice a sí mismo es: «Para mí sólo hay una chica», y todas sus acciones están dirigidas a conseguir a esa chica, y a crear un hogar cómodo para ella. ¿Com-prendes qué quiero decir? Debes enamorarte de aquello que deseas, y debes enamorarte hasta la médula, nada de ese tipo de amor-ligue ni de «hoy sí y mañana no», sino que debe ser de ese tipo antiguo, que hacía que un joven no pudiera meterse en la cama si no daba un paseo cerca de la casa de su novia, para asegurarse de que el edificio seguía allí. ¡Así sí!

Y el hombre o la mujer en busca del éxito deben con-vertir esa cosa deseada en su principal pasión: tienen que concentrar su mente en la gran ocasión, en la oportuni-dad óptima. El éxito provoca celos. Le pide a un hombre todo su afecto, y si éste empieza a flirtear con otras pito-nisas de feria, no tarda en darle la espalda. Si un hombre se desvía de su principal interés, acabará siendo un per-dedor. La fuerza mental opera mejor cuando está concen-trada. Hay que dedicar a lo que se desea todas las fuerzas

disponibles. Igual que un hombre que está enamorado no deja de trazar planes con los que pueda agradar a la bella de turno, lo mismo hará quien esté enamorado de su tra-bajo o negocios, y el resultado será que cien planes se manifestarán en el campo de la conciencia, muchos de ellos de gran importancia. La mente opera en el plano subconsciente, recuérdalo, y casi siempre de acuerdo con la pasión o el deseo predominante. Arreglará cosas y com-pondrá planes y proyectos, que surgirán en tu conciencia cuando más los necesites, y sentirás ganas de gritar de alegría, como si hubieses recibido una gran ayuda externa.

Pero si dispersas tu fuerza de pensamiento, la mente subconsciente no sabrá cómo agradarte, y el resultado será que no repararás en esta fuente de ayuda y asistencia. Además de eso, serás inconsciente del potente resultado de concentrar el pensamiento en la elaboración conscien-te de los detalles de tus planes. Y además, el ser cuya mente está repleta de una docena de intereses fracasa a la hora de ejercer el poder de atracción que manifiesta quien sólo tiene una pasión rectora, y no puede atraer personas, cosas y resultados que le ayudarían en el trazado de sus planes; también fracasará a la hora de situarse en la corriente de atracción en la que entraría en contacto con quienes estarían encantados de ayudarle por compartir intereses.

Me he percatado, en mis propios asuntos, de que cuando permito que cualquier distracción externa me aparte de mi línea de trabajo habitual, no pasa mucho tiempo antes de que me empiecen a devolver recibos y que mis asuntos demuestren claros signos de falta de vitalidad.

Ahora bien, habrá quien diga que la causa es que habré dejado algunos asuntos sin solucionar, asuntos que habría hecho si mi mente hubiera estado concentrada en ellos.

Es cierto; pero también he percibido resultados similares en casos en los que no había nada que hacer, casos en los que la semilla estaba sembrada y la cosecha no tenía más que madurar. Y en esos casos, en cuanto dirigí mi pensa- miento a la cuestión la semilla empezó a brotar. No estoy sugiriendo que tuve que emitir una enorme cantidad de ondas mentales con la idea de afectar a otras personas..., de ninguna manera. Simplemente comencé a darme cuenta de que me hallaba en posesión de algo muy beneficioso, que interesaba a otras muchas personas, y que estaba encantado de que todo el mundo pudiera tener acceso a ello. Mi pensamiento parecía revitalizar el trabajo, y las semillas empezaron a dar fruto. No es ninguna fantasía, pues lo he experimentado en varias ocasiones. He hablado con otras muchas personas de este tema y he descubierto que nuestras experiencias encajan perfectamente. Así que no hay que caer en el hábito de permitir esas filtraciones mentales. Mantén el deseo fresco y acti-

vo, y deja que lleve a cabo su labor sin las interferencias de deseos contrapuestos. Mantente enamorado de aquello que deseas alcanzar alimenta tu fantasía con ello, considéralo conseguido, pero no pierdas el interés.

Mantén tu atención en tu interés primordial, y mantén tu pasión rectora fuerte y vigorosa. No seas un polígamo mental el ser humano sólo necesita un amor mental, es decir, ten tus deseos uno a uno.

Algunos científicos han afirmado que algo que pudie-ra denominarse amor subyace en el fondo de toda vida. Sostienen que el amor de la planta por el agua hace que extienda sus raíces hasta hallar el objeto amado. Dicen que el amor de la flor por el sol la hace apartarse de los lugares oscuros, para poder recibir luz. Las denominadas «afinidades químicas» son en realidad una forma de amor. Y el deseo es una manifestación de este amor de la Vida Universal. Así que no estoy simplemente utilizando una metáfora cuando te digo que debes amar aquello que deseas conseguir. Nada excepto un amor intenso te per-mitirá superar los numerosos obstáculos que se alzarán en tu camino. Sólo ese amor te permitirá soportar las pesa-das pruebas de esa tarea. Cuanto más desees algo, más lo amarás; y cuanto más lo ames, más intensa será la fuerza de atracción hacia su consecución, tanto en tu interior como fuera de ti. Así que ama una cosa en cada ocasión, no seas un mormón mental.

CAPÍTULO XIV

LAS GRANDES FUERZAS DINÁMICAS

Ya has visto la diferencia entre los hombres triunfa-dores y fuertes en cualquier ámbito de la vida, y los fra-casados y débiles que los rodean. Eres consciente de las diferencias que caracterizan a ambas clases, pero te resul-ta un tanto difícil expresar en qué radican dichas diferen-cias. Estudiemos un poco la cuestión.

Dijo Burton:

Cuanto más vivo, más seguro estoy de que la gran dife-rencia entre los seres humanos, el débil y el poderoso, el importante y el insignificante, radica en la energía y en una determinación inquebrantable: establecer un propósi-to y lanzarse a por él a vida o muerte. Esta cualidad con-seguirá todo lo que resulte posible conseguir en este mun-do, y ningún talento, circunstancias u oportunidades con-vertirán a una criatura bípeda en un hombre si carece de ella.

Energía y una determinación inquebrantable: ambas superarán poderosas barreras y los mayores obstáculos. Y no obstante deben utilizarse juntas. La energía sin deter-minación queda desperdiciada. Muchos seres humanos tienen energía, tanta que les rebosa; y sin embargo, care-cen de concentración, adolecen de la fuerza concentrada que les permitiría conducir su energía hacia el lugar ade-cuado. La energía no es algo tan escaso como muchos imaginan. Puedo mirar a mi alrededor en cualquier momento y señalar unas cuantas personas que conozco que están repletas de energía a muchas de ellas parece sobrarles y que no obstante, por alguna razón, no pare-cen poder progresar. No hacen más que malgastar sus energías. Ahora se encaprichan de una cosa y luego de la siguiente. Se ocuparán de algún asunto nimio sin interés ni importancia, y malgastarán energía y fuerza nerviosa para que les ayude en su esfuerzo, pero cuando acaban con ello resulta que no han obtenido nada.

Otras que cuentan con mucha energía fracasan a la hora de dirigir la fuerza de voluntad hacia el fin deseado. «Determinación inquebrantable», ésas son las palabras. ¿No te estremeces con su fuerza? Si tienes algo que hacer, ponte manos a la obra y hazlo. Reúne tu energía y luego guíala y dirígela con tu voluntad, insuflando en ella esa «determinación inquebrantable», y lograrás lo que quieras.

Todo el mundo cuenta con una voluntad gigantesca en su interior, pero la mayoría somos demasiado perezo-sos para utilizarla. No podemos animarnos lo suficiente como para decir, sinceramente: «Lo conseguiré». Si pudié-ramos armarnos de valor hasta ese punto, y luego sujetarlo

Las grandes fuerzas dinámicas para que no se nos escurriese, seríamos capaces de echar mano de ese maravilloso poder: la voluntad humana. El hombre no tiene sino una ligera idea acerca del poder de la voluntad, pero quienes han estudiado las enseñanzas ocultas saben que la voluntad es una de las

grandes fuerzas dinámicas del Universo y que si se aprovecha y dirige de manera adecuada, es capaz de lograr cosas casi milagrosas.

«Energía y determinación inquebrantable.» ¿No son palabras magníficas? Grábatelas en la memoria, impre-siónalas en la cera de tu mente como si fuesen un cuño, de manera que se conviertan en una inspiración constan-te para ti en tus momentos de necesidad. Si pudieras con-seguir que esas palabras vibrasen en tu ser, serías un gigante entre pigmeos. Repítelas una y otra vez, y verás cómo te encuentras lleno de nueva vida, verás cómo circu-la tu sangre, cómo hormiguean tus nervios. Convierte esas palabras en parte de ti mismo y luego regresa renovado a la batalla de la vida, reanimado y reforzado. Ponlas en prácti-ca. «Energía y determinación inquebrantable»... Deja que ése se convierta en el lema de tu vida cotidiana, y serás uno de los escasos individuos capaces de «hacer cosas».

Muchas personas están reprimidas y no dan lo mejor de sí mismas porque se subestiman en comparación con aquellas que triunfan en la vida, o más bien sobrevaloran a las que tienen éxito en comparación con ellas mismas.

Una de las cosas más curiosas que pueden percibir quienes han entrado en contacto con la gente que ha «lle-gado» es que esa gente que ha triunfado no es extraordi-naria. Cuando conoces a algún escritor importante, te sientes un tanto decepcionado al darte cuenta de que es alguien muy normal. No tiene una conversación brillante y, de hecho, frecuentas a un montón de gente ordinaria que parece mucho más brillante que este hombre, que te deslumbró con la luz de sus libros. Conoces a un gran estadista, y no parece ni la mitad de sabio que un montón de ancianos de tu pueblo, que desperdician su sabiduría lanzándola al aire. Conoces a un magnate de la industria y resulta que no te da la impresión de contar con la saga-cidad de la que hacen gala algunos de los comerciantes minoristas de tu barrio. ¿Cómo es posible? ¿Es ficticia la fama de esos personajes, o cuál es el meollo de la cuestión?

El meollo de la cuestión es el siguiente: has imagina-do que esa gente estaba hecha de un material superior y te sientes decepcionado al descubrir que están hechos de lo mismo que tú y quienes te rodean. Pero te preguntas: ¿dónde radica la grandeza de sus logros? Sobre todo en lo siguiente: creer en sí mismos y en su poder inherente, en su facultad para concentrarse en la tarea que tienen entre manos cuando trabajan y en su capacidad para evitar fil-traciones de energía cuando no están trabajando. Creen en sí mismos y hacen que todo esfuerzo dé resultado. Los listos de tu pueblo vierten su sabiduría por las esquinas y hablan con muchos tontos, mientras que si fuesen sabios de verdad ahorrarían esa sabiduría y la situarían allí don-de sirviese para algo. El escritor brillante no malgasta su ingenio por las esquinas; de hecho, cierra el armario en el que guarda su ingenio y sólo lo abre cuando está listo para concentrarse y ponerse a trabajar. El magnate industrial no desea impresionarte con su sagacidad e inteligencia. Nunca lo hizo, ni siquiera de joven. Mientras sus compañeros no dejaban de hablar y jactarse, este futuro financiero de éxito no decía esta boca es mía.

La gente importante del mundo es decir, los que han «llegado» no son muy distintos de ti, o de mí, o del resto de nosotros: en el fondo todos somos muy pareci-dos. Sólo tienes que conocerlos para darte cuenta de lo «ordinarios» que son. Pero no olvides el hecho de que ellos saben cómo utilizar el material del que disponen, mientras que el resto no lo sabe y, de hecho, incluso duda de que lo tenga. El hombre o la mujer que «llega» nor-malmente empieza dándose cuenta de que él o ella no es tan diferente, después de todo, de la gente triunfadora de la que tanto se oye hablar. Eso les da confianza, y el resulta-do es que descubren que son capaces de «hacer cosas». Luego aprenden a mantener la boca cerrada y a evitar des-perdiciar y disipar su energía. Almacenan energía y la con-centran en lo que están haciendo, mientras que sus com-pañeros disipan sus energías en todas direcciones, tratando de demostrar a la gente lo listos que son. El hombre o la mujer que «llega» prefiere esperar al aplauso que sigue a los logros, y se preocupa muy poco de las alabanzas que rode-an a las promesas, de lo que espera hacer «algún día» o de llevar a cabo una exhibición de «listeza» sin resultados.

Una de las razones por las que la gente que tiene tra-to con personas de éxito manifiesta a su vez éxito es que son capaces de observar a los triunfadores y «coger el tru-co» de su grandeza. Se dan cuenta de que el triunfador es un hombre normal y corriente, pero que cree totalmente en sí mismo, y también que no malgasta energía, sino que reserva todas sus fuerzas para las tareas que le aguardan.

Y aprovechando el ejemplo, empiezan a poner en prácti-ca en sus propias vidas las lecciones aprendidas.

¿Cuál es la moraleja de esta charla? Simplemente que no hay que infravalorarse uno mismo ni sobrevalorar a los demás. Comprende que estás hecho de buena pasta, y que en el interior de tu mente hay muchas cosas bue-nas. Luego ponte a trabajar y desarróllalas, y extrae algo bueno de esa buena pasta. Consíguelo poniendo atención a lo que tienes ante ti y dando a cada una de ellas lo mejor de ti mismo, sabiendo que en ti hay otras muchas y buenas cosas que te ayudarán en todo lo que se te presente por delante. Dedica lo mejor de ti mismo a la empresa que te ocupe, y no hagas trampas en la tarea pre-sente por mor de otra que pudiera aparecer en lontanan-za. Tu suministro es inagotable. Y no malgastes tu buena pasta con la multitud de mirones, espectadores y críticos que tienes alrededor observando lo que haces. Guarda tu buena pasta para tu tarea, y no tengas prisa por recibir los aplausos. Guarda tus buenos pensamientos para «copiar-los» si eres escritor; guarda tus buenos proyectos para ponerlos en práctica si te dedicas a los negocios; guarda tu sabiduría para cuando lo requiera la ocasión si eres esta-dista; y, en todos los casos, evita el deseo de mostrar tus cartas a la multitud de mirones que buscan un «espectácu-lo gratuito» con el que entretenerse.

No hay nada de «elevado» en esta enseñanza, pero es justo lo que muchos de vosotros necesitáis. Dejad de hacer el tonto y tomaos las cosas en serio. Dejad de echar a perder lo bueno que hay en vosotros y empezad a tra-bajar en algo que valga la pena.

CAPÍTULO XV

RECLAMAR LO QUE TE PERTENECE

En una reciente conversación le decía a una mujer que reuniese valor para lanzarse en pos de algo bueno que llevaba ansiando desde hacía muchos años y que, final-mente, parecía estar a su alcance. Le dije que daba la impresión de que su deseo estaba a punto de verse satis-fecho, que la Ley de Atracción lo traía hacia ella. Pero la mujer carecía de fe y no dejaba de repetir: «¡Oh, me pare-ce demasiado bueno para ser cierto! ¡Demasiado bueno para mí!». No había superado la etapa de sentirse como un gusano arrastrándose por el polvo, y aunque tenía a su alcance la Tierra Prometida, se negaba a entrar en ella porque «era demasiado bueno para ella». Creo que tuve éxito al azuzarla para que diese un paso adelante, pues lo último que sé es que está tomando posesión de ello.

Pero no quería hablarte de eso. Quería llamarte la atención sobre el hecho de que no hay nada que sea demasiado bueno para TI, por muy grande que pueda ser, por muy indigno que puedas parecer. Tienes derecho a todo lo mejor, pues ésa es tu herencia legítima. Así que no tengas miedo de pedir exigir y tomar. Las cosas bue-nas del mundo no son pasto de ningún hijo favorito. Pertenecen a todos, pero sólo se acercan a aquellos que son lo bastante sabios como para reconocer que son suyas por derecho, y que tienen el coraje suficiente para ir tras ellas. Muchas cosas espléndidas se pierden porque nadie las pide; se echan a perder, quedan fuera de tu alcance, porque sientes que eres indigno de ellas. Se te escapan porque careces de la confianza y el valor para exigirlas y tomar posesión de ellas.

«Nadie excepto los valientes merecen la belleza», dice el viejo adagio, y es cierto en todos los sentidos del empeño humano. Si no dejas de repetirte que eres indig-no de algo bueno que es demasiado bueno para ti , se te podría aplicar la Ley y acabar creyéndote lo que dices. Se trata de una característica de la Ley: si crees lo que dices, te toma en serio. Así que cuidado con lo que dices, porque se lo creerá. Afirma que eres digno de lo mejor que existe, que no hay nada demasiado bueno para ti, y lo más probable es que la Ley te tome en serio y diga: «Creo que tiene razón. Voy a darle todo lo que quiere. Conoce sus derechos, así que ¿para qué negárselo?». Pero si insis-tes en asegurar: «¡Oh, es demasiado bueno para mí!», es probable que la Ley se diga: «No estoy segura de que sea así, pero él sabrá. Seguro que lo sabe y no voy a ser yo quien le lleve la contraria».

¿Por qué no hay nada que deba ser demasiado bueno para ti? ¿Alguna vez te has parado a pensar lo que eres?

Eres una manifestación del Todo, y tienes perfecto dere-cho a todo lo que existe. O, si lo prefieres de esta manera, eres hijo del Infinito, y heredero de todo. Estarás dicien-do la verdad de las dos maneras. En cualquier caso, y sea lo que fuere lo que pidas, estás sólo exigiendo lo que es tuyo. Y cuanto más empeño pongas en pedirlo cuanta más confianza tengas en acabar recibiéndolo, cuanto más te esfuerces

en alcanzarlo más cerca estarás de obtenerlo.

Un intenso deseo, una expectativa confiada, el cora-je en acción es lo que acaba proporcionándote lo que te pertenece. Pero antes de que pongas en marcha esas fuer-zas, debes despertar a la realización de que sólo estás pidiendo lo que te pertenece, y no nada que no tengas derecho a reclamar. Mientras exista en tu mente el míni-mo resquicio de duda respecto a tu derecho a las cosas que deseas, estarás creando una resistencia al funciona-miento de la Ley. Puedes pedir con todo el vigor que quie-ras, pero carecerás del coraje para pasar a la acción si mantienes una sombra de duda acerca de tu derecho a conseguir lo que deseas. Si persistes en considerar lo desea-do como si perteneciese a otro en lugar de a ti mismo, estarás adoptando la postura del envidioso o codicioso, o incluso la de un ladrón. En ese caso, tu mente se rebelará y no querrá proseguir con la labor, pues instintivamente se sentirá repelida ante la idea de tomar lo que no le per-tenece, pues la mente es honesta. Pero cuando compren-des que lo mejor del Universo te pertenece como Heredero Divino, y que hay suficiente para todos sin que tengas que quitárselo a nadie, entonces desaparece toda fricción, cae la barrera y la Ley lleva a cabo su tarea.

No creo en la «humildad». Esa actitud mansa y modesta no me llama la atención, no tiene ningún senti-do. La idea de convertir en virtud esas actitudes, cuando el ser humano es el heredero del Universo, y tiene derecho a todo lo necesario para su crecimiento, felicidad y satis-facción, me parece absurda. No quiero decir que haya que adoptar una actitud fanfarrona y avasalladora. Eso sería absurdo, pues la verdadera fortaleza no proviene de ponerse uno en evidencia. El fanfarrón es un individuo débil confeso: fanfarronea para ocultar su debilidad. La persona verdaderamente fuerte es serena, tranquila y lle-va en ella la conciencia de la fortaleza que convierte en innecesario el fanfarronear y la supuesta fortaleza. Pero hay que apartarse de ese hipnotismo de la «humildad», esa actitud mental «mansa y modesta». Recuerda el horri-ble ejemplo de Uriah Heep y cuídate mucho de imitarle. Echa la cabeza hacia atrás y mira al mundo de cara. No hay nada que temer, el mundo también puede temerte a ti y gritarte. Sé un hombre o una mujer, y no un objeto que gime. Y eso puede aplicarse a tu actitud mental, así como a tu comportamiento externo. Pon fin a esa actitud mental reptante y gusanil. Ponte bien derecho y mira a la vida sin miedo; gradualmente irás convirtiéndote en tu ideal.

No hay nada demasiado bueno para ti, nada de nada. Lo mejor de lo mejor ni siquiera es lo suficiente-mente bueno para ti, pues por delante tienes cosas mucho mejores. El mejor regalo que el mundo puede hacerte es una mera chuchería comparado con las grandes cosas que esperan tu mayoría de edad en el Cosmos. Así que no temas lanzarte tras todo eso, tras las chucherías de este plano de conciencia. Lánzate a por ellas, atrapa un buen puñado, juega con ellas hasta que te hartes. Para eso están hechas. Están ahí para nuestro uso exclusivo, no para que las miremos de lejos, sino para que juguemos con ellas, si así lo deseamos. Sírvete tú mismo, hay montones de esos juguetes aguardando tus deseos y demandas. ¡No seas tímido! No quiero escuchar más tonterías acerca de cosas demasiado buenas para ti. ¡Bah! Eres como el hijo pequeño del emperador, que cree que los soldados de hojalata y el tambor de juguete eran demasiado buenos para él, y que se negaba a cogerlos. Pero los niños no siempre son así. Instintivamente reconocen que no hay nada que sea demasiado bueno para ellos. Quieren todo lo que tienen ante sí para jugar, y parecen sentir que tie-nen derecho a todas las cosas. Y ésa es la condición men-tal que los buscadores metidos en la Divina Aventura debemos cultivar. A menos que seamos como niños pequeños no podremos entrar en el Reino de los Cielos.

Todo lo que vemos a nuestro alrededor son los jugue-tes de la Guardería de Dios, juguetes que utilizamos en nuestros juegos. Sírvete tú mismo, pídelos sin vergüenza, tantos como puedas utilizar... Todos son tuyos. Y si no ves lo que deseas, no tienes más que pedirlo, pues hay una gran reserva disponible en estanterías y armarios. Juega, juega y juega a tus anchas. Aprende a tejer esteras, a levantar casas con ladrillos, a hilvanar, juega de corazón y juega bien. Y pide todos los materiales que requieras para jugar no tengas miedo , pues hay para todos.

Pero recuerda que, aunque todo eso es verdad, las mejores cosas siguen sin ser más que objetos para jugar: juguetes, ladrillos, esteras, cubos y demás. Son útiles, muy útiles para aprender las lecciones; agradables, muy agradables para jugar, y deseables, muy deseables para todos esos propósitos. Diviértete y aprovecha al máximo todas esas cosas. Métete en el juego hasta el fondo y dis-fruta. Es bueno hacerlo. Pero debes recordar algo: nunca deberás pasar por alto el hecho de que todas esas cosas tan buenas no son sino juguetes parte del juego y que tienes que estar dispuesto a dejarlos de lado cuando lle-gue el momento de pasar a la clase siguiente, de cambiar de curso, y no llorar ni quejarte porque has de dejar los juguetes atrás. No debes apegarte a ellos, pues aunque son para tu uso y disfrute, no forman parte de ti, no son esenciales para tu felicidad en la siguiente etapa. No los desprecies por su falta de sentido de la realidad, pues son cosas maravillosas relativamente, y puedes disfrutar tan-to como quieras de ellas. No seas un mojigato espiritual, negándote a participar en el juego. Pero tampoco te ape-gues a los juguetes, que son buenos para usarlos y jugar con ellos, aunque no lo bastante para usarte a ti y con-vertirte a su vez en un juguete. No dejes que los juguetes inviertan los papeles.

Existe una diferencia entre ser dueño de las circuns-tancias y esclavo de ellas. El esclavo cree que los juguetes son reales y que él no es lo bastante bueno para merecer-los. Sólo coge unos cuantos, porque tiene miedo de pedir más y se pierde casi toda la gracia y la diversión. Y a con-tinuación, al considerar que los juguetes son reales, y al no darse cuenta de que hay muchos más, se apega a las bicocas que le han salido al paso, convirtiéndose en su esclavo. Tiene miedo de que se las quiten y no se atreve a gatear por el suelo e ir en busca de otros. El dueño sabe que puede pedir de todo. Pide lo que necesita día a día y no se preocupa por sobrecargarse; sabe que «hay mucho más» y que no pueden privarle de ello. Juega, y lo hace bien y se divierte jugando, y mientras juega aprende sus lecciones de la guardería. Pero no se apega demasiado a los juguetes. Está dispuesto a dejar de lado los juguetes viejos y alargar la mano para coger uno nuevo. Y cuando le dicen que tiene que pasar al aula siguiente, suelta en el suelo los juguetes usados ese día y con brillo en los ojos y una actitud mental confiada, entra en la nueva aula en el Gran Desconocido , con una sonrisa en el rostro. No está asustado, pues escucha la voz del Maestro y sabe que está allí esperándole, en la Gran Aula Siguiente.

CAPÍTULO XVI

LEY, NO AZAR

Hace algún tiempo hablé con un hombre sobre el poder de Atracción del Pensamiento. Él me decía que no creía que el pensamiento pudiera atraer nada hacia él, y que todo era cuestión de suerte. Me dijo que había des-cubierto que la mala suerte le perseguía sin darle tregua, y que todo lo que tocaba salía mal. Siempre había sido así, siempre sería así y se había acostumbrado a ello. Cuando emprendía algo nuevo sabía por adelantado que acabaría mal y que de ello no saldría nada de provecho. ¡Ah, no! Para él, en la teoría de la Atracción del Pen-samiento no había nada de verdad; ¡todo era cuestión de suerte!

Este hombre no se daba cuenta de que a través de su propia confesión estaba precisamente ofreciendo un argu-mento de lo más convincente en favor de la Ley de Atracción. Estaba testimoniando que siempre esperaba que todo saliese mal, y que siempre acababa sucediendo lo que él temía. Era una magnífica ilustración de la Ley de Atracción, pero él no lo sabía, y no había ningún argu-mento que pudiera llegar a convencerlo. Estaba «en con-tra», y no había forma de hacerle cambiar: siempre esperaba la mala suerte, y en cada ocasión acababa teniendo razón; no obstante, para él, la postura de la Ciencia Mental era una tontería.

Hay mucha gente que parece creer que la única manera en que opera la Ley de la Atracción es cuando uno lo desea con muchas ganas y de manera continuada. No parecen darse cuenta de que una creencia intensa es tan eficaz como un deseo intenso. El hombre de éxito cree en sí mismo y en su éxito final y, sin hacer ningún caso a los pequeños contratiempos, adversidades, tropiezos y resbalones, se apresura con ganas hacia la meta, sin dejar nunca de estar seguro de que llegará hasta allí. Sus opiniones y metas pueden sufrir alteraciones mientras avan-za, e incluso puede cambiar sus planes o hacer que se los cambien, pero todo el tiempo, en lo más profundo de su corazón, sabe que acabará «llegando». No desea conti-nuamente poder llegar; simplemente lo siente y lo cree, y por lo tanto pone en marcha las fuerzas más potentes conocidas en el mundo del pensamiento.

El hombre que también cree continuamente que fra-casará acabará fracasando sin duda. ¿Cómo podría evi-tarlo? No es ningún misterio. Todo lo que hace, piensa y dice está teñido del pensamiento de fracaso. Hay otros que atrapan ese espíritu, y por ello no confían en él ni en sus capacidades, lo que hace que piense que se trata de manifestaciones de su mala suerte, en lugar de achacarlas a sus creencias y expectativas de fracaso. Se pasa todo el tiempo sugiriéndose pensamientos de fracaso, e invaria-blemente padece los efectos de la autosugestión. También en este caso, a través de sus pensamientos negativos, está bloqueando esa parte de su mente de la que deberían lle-gar ideas y planes que le condujesen al éxito, a los que tiene acceso quien espera el éxito porque cree en él. Las ideas brillantes no nos sobrevienen en un estado de desá-nimo. Nuestras mentes trabajan en ideas que podemos uti-lizar sólo cuando estamos entusiasmados y esperanzados

Los seres humanos sienten de manera instintiva la atmósfera de fracaso que se cierne sobre algunos de sus congéneres, y por otra parte reconocen algo en otros que los lleva a decir, cuando se enteran de que a éstos les ha sobrevenido un contratiempo temporal: «Se las arreglará para salir a flote... No se le puede hundir». Se trata de la atmósfera que provoca la Actitud Mental imperante. ¡Limpia tu Atmósfera Mental!

El azar no existe. La Ley lo sostiene todo en todas partes a causa de su propia manera de operar. No es posi-ble nombrar una sola cosa que haya sucedido por azar. Intenta analizar la cuestión hasta sus últimas consecuen-cias y comprobarás que es resultado de la Ley. Es tan evi-dente como las matemáticas. Planificación y propósito; causa y efecto. Desde los movimientos de los mundos hasta el crecimiento de una semilla de mostaza... todo es resultado de la Ley. La caída de una roca por la falda de una montaña no sucede porque sí, sino porque existen unas fuerzas que llevan operando durante siglos para provocarla. Y tras esas causas hay otras causas, y así has-ta alcanzar la Causa Incausada.

Y la vida no es resultado del azar, sino de la Ley. La Ley opera a pleno rendimiento tanto si lo crees como si no. Puedes ser el objeto ignorante sobre el que opera la Ley. O bien puedes alinearte con las operaciones de la Ley, meterte en su caudal, por así decirlo, y a partir de enton-ces la Vida te parecerá algo muy distinto. No puedes salir-te de la Ley diciendo que no tienes nada que ver con ella. Tienes todo el derecho y la libertad a oponerte a ella y a producir toda la fricción que desees, pero eso no afecta a la Ley, y puedes seguir con ello hasta que aprendas la lección.

La Ley de la Atracción del Pensamiento es uno de los nombres de la Ley, o mejor dicho, de una de sus manifes-taciones. Vuelvo a decir que tus pensamientos son cosas reales. Salen de ti en todas las direcciones, combinándo-se con otros pensamientos de tipo parecido, con pensa-mientos opuestos de distinto carácter, formando combi-naciones, dirigiéndose allí donde son atraídos, alejándose de centros de pensamiento opuesto. Y tu mente atrae los pensamientos que otros han emitido consciente o inconscientemente. Pero sólo atrae aquellos pensamientos que sintonizan con los suyos propios. En el mundo del pensa-miento los semejantes se atraen, y los opuestos se repelen.

Si sintonizas tu mente con la tonalidad de coraje, confianza, fuerza y éxito, atraerás hacia ti pensamientos de naturaleza similar, gente de naturaleza similar y cosas que encajen en la melodía mental. Tus pensamientos o humor preponderante determina lo que se siente atraído hacia ti, elige tus compañeros mentales. Hoy estás poniendo en marcha corrientes de pensamiento que con el tiempo atraerán hacia ti otros pensamientos, personas y condiciones en armonía con la tonalidad predominante en tu pensamiento. Tu pensamiento se mezclará con el de otros de naturaleza y mente semejante, y os sentiréis atraídos entre vosotros, y con toda seguridad tarde o tem-prano os uniréis en un propósito común, a menos que uno u otro cambie la corriente de sus pensamientos.

Acepta las operaciones de la Ley. Intégrala en ti mis-mo. Métete en su caudal. Mantén el aplomo. Sintoniza tu mente en clave de coraje, confianza y éxito. Mantén con-tacto con todos los pensamientos de ese tipo que emanan continuamente de cientos de mentes. Aprovecha lo mejor que puedas hallar en el mundo del pensamiento. Lo mejor está ahí, así que no te conformes con menos. Establece relación

con buenas mentes. Sigue las vibraciones ade-cuadas. Debes de estar cansado de que te sacudan continuamente las operaciones de la Ley, así que armonízate con ella.